

6978



C. Colomer

*El
Medico
de los niños*

ARCHIVO TEATRAL MILLÁ

*Compra y venta de comedias
de todas clases*

Calle de San Pablo, 21 - BARCELONA

Colomer



EL MÉDICO DE LOS NIÑOS



EL MÉDICO DE LOS NIÑOS

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADO
Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

— Don Conrado Colomer —

Estrenado con éxito brillantísimo en el TEATRO ROMEA
el 6 de Mayo de 1893



TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA

BARCELONA

15, Ronda de la Universidad, Chaflán calle Balmes. 15

1893

Esta obra es propiedad de su autor. Los comisionados de los **Sres. Arregui y Aruej**, editores de Madrid, son los únicos autorizados para el cobro de los derechos de representación de esta obra en todas partes, excepto en Barcelona, donde la autorizada para cobrarlos es la **Galería del Sr. Molas y Casas**.

Queda hecho el depósito que marca la ley.



— REPARTO —

<u>PERSONAJES</u>	<u>ACTORES</u>
LUCIANO LEMONIER	Sr. Santolaria
DELORMEL	» Bonaplata
BELTRÁN.	» Capdevila
FEDERICO	» Labastida
FRANCISCO	» Olivé
EL JARDINERO	» Llano
RAMÓN	» Muxart
JOSÉ (no habla)	» N. N.
JUANITO, niño de 4 á 6 años. (no habla) . .	Niño Capdevila
LUISA	Sra. Clemente (P.)
ELENA	» Clemente (A.)
ANTONIA	» Munner
MARIANA.	» Galí
JUANA.	» Guerra

Hombres y mujeres del pueblo, niños, varias jovencitas, etc.

Los dos primeros actos en 1789. — Los tres últimos en 1803



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill



ACTO PRIMERO

Entrada de la aldea de Jeurre. A la derecha, primer término, un chalet. En la parte que da frente al público, ventana cerrada por una celosía. A la izquierda fachada semi-rústica con una tienda de barbero. En el fondo una vista de los Alpes. Un banco de piedra junto á la puerta del chalet.

ESCENA PRIMERA

ANTONIA. JUANA, luego MARIANA, después BELTRÁN,
DELORMEL y JOSÉ

ANTON. ¡Eh! ¡Juana! ¡Juana!! ¿Acabarás de levantarte?

JUANA (*Saliendo*) ¡Si hace una hora que estoy de pié!

ANTON. Arregla pronto la tienda.

JUANA Sí, señora. (*Sube á mirar al foro*)

ANTON. Hace un tiempo soberbio; y cuando el cielo está hermoso, los hombres acuden á la barbería para no ser menos.

JUANA Justamente veo la diligencia que empieza á subir la cuesta.

ANTON. Puede que nos traiga algún parroquiano. Vamos á disponerlo todo.

(*Entra en la tienda. Juana va á seguirla; pero la detiene Mariana que sale por la izquierda con una criatura en brazos*)

MAR. Perdonad. ¿Sabéis dónde vive el médico de los niños?

JUANA (*Mostrándole el chalet*) Aquí enfrente, buena mujer. La hora de la consulta se acerca. Podéis entrar y esperar en el recibimiento.

MAR. Mil gracias, hija mía.

(*Juana entra en la tienda y Mariana en el chalet. En este momento aparecen en el fondo Beltrán y Delormel seguido de José*)

BELTR. ¡Uff! por fin llegamos á la cima de esta montaña:

creí que no la alcanzaríamos nunca. ¡Estoy fatigado de veras! ¿Y vos estáis cansado, señor?

DELOR. No.

BELTR. Será porque sois más joven que yo, que he rebasado los sesenta y sin embargo viajo tontamente por personas que no me interesan y cosas que no me van ni me vienen. Como si no fuera preferible vivir en mi casa sólo para mí... y haciéndome compañía... á mí mismo. ¿No opináis como yo, señor?

DELOR. Sí. (*A José*), La casa de postas debe estar por ahí. Vé y encarga los mejores caballos. (*Vase José por la izquierda*).

BELTR. Vuestra soberbia silla de posta no llegará aquí antes que el maldito vehículo que me ha conducido. Bien hemos hecho dejando los carruajes y subiendo á pié por el atajo. ¿Tenéis intención de deteneros como yo en esta aldea?

DELOR. No.

BELTR. ¿Y venís de muy lejos?

DELOR. Sí.

BELTR. ¿Hace mucho tiempo que viajáis?

DELOR. Dos años.

BELTR. (¿Si será el Judío errante?) ¿Y no tenéis deseos de entrar en alguna parte, descansar el cuerpo y conversar un rato?

DELOR. ¿Conversar?... no.

BELTR. Tal vez os habrá parecido indiscreta mi proposición, por más que yo no acostumbre proponer nada á nadie. Lo que podáis decirme, no importa. Si sois dichoso, mejor para vos y si no lo sois... cómo ha de ser! El bien y el mal ágeno me tienen sin cuidado, porque yo vivo por mí y para mí.

DELOR. En los tiempos que corren obráis cuerdamente, buen hombre.

BELTR. Es claro. Por eso me he quedado soltero.

DELOR. De manera que... no conocéis efectos mal recompensados, ni amores escarnecidos, ni amistades...

BELTR. No, porque no he tenido otra amistad que la mía propia, ni otro amor que el que me consagro á mí mismo. Me amo con todo mi corazón: podéis creerme.

DELOR. ¿Entonces, sois feliz?

BELTR. Sí, porque me soy fiel y nunca tengo conmigo la más pequeña disputa. Y aun sería más feliz, si me encontrara en mi casita, á ciento veinte y siete leguas de aquí... y no hubiese emprendido irreflexivamente un viaje... que me molesta, porque afecta á mis costumbres y altera mi modo de ser.

- DELOR. Pues... deseo que logréis el objeto que lo motiva.
BELTR. Y vos el vuestro, señor.
DELOR. ¡El mio!... sí. Dios quiera que lo alcance también.
(*Vase por el foro derecha*)

ESCENA SEGUNDA

BELTRÁN *solo*

- BELTR. Se fué. Me alegro, porque me fastidio menos conmigo que con otro. ¿Dónde diablos podrían darme los informes que necesito? ¡Ah! aquí hay una tienda de barbero... A ver: ¡Ah de casa!

ESCENA TERCERA

BELTRÁN, ANTONIA, *luego* JUANA

- ANTON. (*Dentro*) ¡Allá ván! (*Saliendo*) ¿Qué se os ofrece, buen señor?
- BELTR. Ver al barbero.
- ANTON. Soy yo... y estoy á vuestras órdenes.
- BELTR. ¿Vos?
- ANTON. Cuando mi marido está ausente, yo afeitó, peino, corto el pelo y echo una sangría si es preciso. Los parroquianos, en general, afirman que mi mano es más ligera que la de mi Juan.
- BELTR. ¡Je! ¡je! Se me antoja que, hallándose la barba tan cerca de la boca, algún beso detendrá de vez en cuando la marcha de esa linda mano.
- ANTON. Lo creéis así...?
- BELTR. Después de todo, ya comprenderéis que eso no me importa.
- ANTON. ¿Qué deseáis? ¿Afeitar, cortar el pelo...?
- BELTR. Ante todo una silla, porque estoy muy fatigado.
- ANTON. Si queréis entrar en la tienda...
- BELTR. No. Al aire libre estaré mejor.
- ANTON. ¿He de afeitaros aquí?
- BELTR. ¿Por qué no?
- ANTON. Como gustéis. ¡Juana, Juana!
- JUANA (*Saliendo*) Aquí estoy.
- ANTON. Tráete una silla y lo preciso para afeitar al señor.
- BELTR. ¿Esa muchacha afeitó también?
- ANTON. ¡Ya lo creo! Es mi primera oficiala.
(*Juana ha sacado la silla y todo lo que hace falta para esa operación.*)

Podéis sentaros.

(Después de ponerle el peinador y lo que se acostumbra, empieza á afilar la navaja. Todo rápidamente y con soltura)

BELTR. ¿Sois del país?

ANTON. Sí, señor: para serviros.

BELTR. En ese caso, tal vez podáis darme ciertos informes que me hacen falta.

ANTON. Con mucho gusto. Empecemos por mí: me llamo Antonia Jolimont. He tenido veinte años, hace ya bastante tiempo. Tengo buenos ojos, buen pié, buena mano, un corazón de oro y afeitado callando, cosa poco común entre los de mi clase.

BELTR. En efecto: empiezo á notarlos: pero los informes que deseo no se refieren á vos.

ANTON. ¿Entonces se referirán á mis vecinos? No me ocupo de ellos, pero sé punto por punto todo lo que hacen. En primer lugar tenemos á Pedro Loustal que pegó á su mujer: en cambio ella se la pega. Jaime Fromont que no se ocupa de su esposa y ella se ocupa de todo el mundo menos de su marido. Antonio Moran que adora á su mitad, y su mitad adora á otro de cuerpo entero. Raimundo...

BELTR. ¡Basta, basta! Veo que sois la misma discreción.

ANTON. Como que conozco á todo el pueblo.

BELTR. Sin embargo, puede que no conozcáis á la persona que busco, porque... tiene sus motivos para ocultarse.

ANTON. ¡Oh! Si se oculta, la conozco mejor que á los demás.

BELTR. Se trata de un jóven...

ANTON. ¡Ah! ¿Es un jóven?

BELTR. Que debió llegar aquí hace dos años.

ANTON. ¿Dos años? Un jóven señor y una señora jóven, ¿no es eso?

Pues... no puede ser otro que el Doctor Luciano.

BELTR. ¡Luciano! eso es! Al fin voy á dar con él.

(Haciendo un movimiento)

ANTON. Cuidado que puedo cortaros sin querer.

BELTR. Rascad sin temor: tengo el cutis como la suela de un zapato. ¿Decíamos, pues, que está aquí?

ANTON. Sí, señor; con su mujer.

BELTR. ¿Su mujer?

ANTON. La pareja más dichosa de esos contornos. El señor Luciano y su esposa no se ocultan. Viven retraídos y aquí todos respetamos su retiro. Según averiguamos después, pensaban establecerse en Suiza; solamente que se detuvieron en Jeurre,

porque la señora se sintió muy enferma para continuar el viaje. Agradóle este país y entonces el señor Luciano se apresuró á alquilar ese chalet, donde se instaló con su esposa enferma. En él dió á luz una niña hermosa como un angel; pero tan delicada y enfermiza, que más de una vez perdieron la esperanza de salvarla; porque en el pueblo no teníamos médico y cuando hacía falta, íbamos á buscarle á tres leguas de aquí. Por fortuna el señor Luciano había estudiado para Doctor.

BELTR. En efecto.

ANTON. Así es que ha podido cuidar y salvar á su hija, que, por esta razón, le debe dos veces la vida. Y el digno jóven no ha empleado su ciencia sólo para esa criatura, sinó que ha sido útil á todos, particularmente á los pobres. A no ser por él, no tendría yo la dicha de besar á mi pequeño Antonio que una fiebre maligna pudo arrebatarme. Como el señor Luciano rehusa cuanto se le ofrece, sólo podemos pagarle en sincera amistad y profunda gratitud; y creed que pagándole en esa moneda, nadie le regatea sus honorarios.

BELTR. En cambio, él, tendrá que regatear todo lo que compre. ¡Tonto! Archi-tonto! En fin: ¿á mí qué me importa?

(Salen varias madres con sus pequeños, que van á la consulta. Algunas se sientan en el banco. Otras pasean de dos en dos formando un cuadro interesante)

ANTON. Ya estáis afeitado... y de mano maestra. ¡Juana, trae el agua para el señor!

(Juana saca otra bacía y un paño)

BELTR. Hacedme ahora la merced de indicarme la casa del señor Luciano.

ANTON. Es muy facil reconocerla. A todas horas veréis en su portal muchas madres que acuden en busca de la salud para sus hijos. Mirad.

BELTR. ¿Esa casa de madera?

ANTON. Justamente. Ahora sale el señor Doctor.

(Luciano sale del chalet. Beltrán paga y Antonia, ayudada por Juana, lo recoje todo y entran en la barbería)

ESCENA CUARTA

LUCIANO, BELTRÁN, LAS MADRES, MARIANA *entre ellas*

LUC. Buenos días; salud á todos. Veamos cómo sigue nuestro pequeño enfermo.

(Toma un niño en brazos)

¡Oh! si está mucho mejor! continuad el mismo tratamiento: mucho cuidado y, sobre todo, mucho cariño. Todos... todos están mejor.

(Examinándolos. Un criado habrá salido detrás de él con una cesta llena de botellas de vino y las va repartiendo)

Tomad, buenas madres; tomad esas botellas de vino añejo. Es la leche de la ancianidad... y también la de la infancia.

(A Mariana) En cuanto á vos, Mariana... nada más que lo que os he recomendado. Seguid con la misma pócima, pero cada cuatro horas en vez de dos... y dormid tranquila; el niño está completamente fuera de peligro.

Id con Dios, buenas madres. Hasta mañana.

TODAS Hasta mañana, señor Doctor: hasta mañana.

(El criado entra en el chalet. Luciano va á seguirle, pero Beltrán le detiene)

BELTR. ¡Dichosos ojos, señor Luciano!

LUC. ¡Beltrán! mi buen Beltrán! ¡Qué feliz casualidad!

BELTR. ¡Buena casualidad te de Dios! ¿Creéis que he dejado mi casa y estoy á ciento veinte y siete leguas de mi pueblo sólo por casualidad?

LUC. Entonces, habla: dame nuevas de mi madre... y dime ¿cómo y por qué estás aquí?

BELTR. Estoy aquí por culpa de la señora Lemonier, vuestra digna madre, que llora, se desespera y parece que se muere de pena. Por lo demás, está fresca y colorada como una muchacha de veinte años. En cuanto al cómo y por qué he llegado hasta aquí... esa es otra cuestión.

LUC. Explicate, Beltrán. Te escucho.

BELTR. Dos años hace que abandonásteis bruscamente la universidad de París, donde cursábais la medicina. Dos años hace que vuestra madre os esperaba en el pueblo donde solíais pasar las vacaciones y en lugar de su hijo, recibió una carta. Más tarde y á largos intervalos, recibió dos ó tres más, que tomaban, para llegar al pueblo, una porción de rodeos misteriosos, á fin de que nadie pudiese adivinar su procedencia. Algunos decían:—Será cuestión de amoríos, y si no viene por la siega, vendrá por la vendimia;—pero pasó todo eso y vos no llegásteis. Empezó y terminó el invierno y vuestra pobre madre lloraba noches enteras junto al hogar que os esperaba en vano. Pasó el segundo estío y con él la siega... y la vendimia... y vuestra madre seguía viuda de su hijo, como lo era ya de vuestro difunto padre. Acostumbraba á pasear so-

la á lo largo del camino real, ¡tan triste!... ¡tan pálida!... que una tarde, viendo yo que se sostenía apenas, la hice entrar en mi casita para auxiliarla como Dios me diese á entender.

LUC. ¡Pobre madre mía! ¡Ah! ¡Cuánto te agradezco, mi buen Beltrán, la merced de haberla socorrido y consolado!... Porque tu procurarías consolarla, ¿no es cierto?

BELTR. No. Eso si que no. Ya me conocéis, señor Luciano. Tengo la costumbre de vivir para mí solo y los pesares ajenos me tienen sin cuidado. Por eso vivo conmigo y aparte, sin preocuparme de nadie. Por eso no he querido hijos que me maten á disgustos, ni esposa que me ocasione... otros desperfectos.

LUC. Pero ella... mi madre... mi pobre madre...?

BELTR. Ella... al ver que yo la acogí en mi casa y que... por supuesto, para no contrariarla, me presté á compartir su dolor, se acostumbró á visitarme todos los días para llorar á su satisfacción hasta soltar la última gota del depósito. Yo me preguntaba... ¿por qué no se queda en su casa en lugar de venir á desahogarse en la mía? Y sin embargo yo no podía decirle:—¡Señora hacedme el favor de ir á llorar á otra parte!—En fin, tanto y tanto lloró, que un día, irritado contra ella y fuera de mí, le dije:— ¡Basta de agua, señora! ¡Antes que ver tanta humedad en mi casa, prefiero salir en busca de vuestro hijo! (*Luciano le estrecha la mano*)—¿Pero dónde váis á ir?—me pregunta abrazándome, porque la pobre señora me dió un abrazo con toda su alma. (*Luciano le abraza con vehemencia*) Bueno: poco más ó menos como éste.—¿Qué se yo, señora? donde sea más probable que lo encuentre. Sin duda estará oculto por ahí con alguna muchacha. Buscaré el rastro de la primera carta que recibáis. Ganaré al cartero, y sabré quien se la ha dado, y, de cartero en cartero, acabaré por llegar á donde él esté.—Dicho y hecho. A la mañana siguiente cogí mi bastón de viaje y me puse en camino. Mientras pude ver el campanario de mi pueblo, todo iba bien: cabeza firme, piernas sólidas y corazón entero; pero en cuanto llegué al recodo donde tuerce y desciende el camino, y al volver la cara ya no ví el campanario de la aldea, de la que no me había separado ni una hora desde que nací... el corazón se me arrugó... y se me llenaron de agua los ojos, lo mismo, Dios me perdone, que una persona que tiene gana de

llorar! Entonces todos mis paisanos, que me son indiferentes, y mis vecinos, que no me importan un bledo, empiezan á girar y revolverse dentro de mi cabeza. Los viejos de mi tiempo, los jóvenes que me sonreían al pasar... hasta los chiquillos que me robaban las peras de mi huerto, mientras yo fingía no reparar en ello... todos se me habían metido aquí, como para decirme adiós! La verdad, en aquel momento sentí el alma caérseme á los piés... y á no ser por las palabras de vuestra madre que volvieron á mi memoria, desando lo andado y me meto en mi casa.—; Beltrán, me había dicho, os quiero como un amigo! como á un hermano!...—Y es natural, con esas palabras, vuestra santa madre me había pagado el viaje: y para saldar esa cuenta me puse otra vez en camino, con la cabeza más firme, las piernas más sólidas y el corazón más entero que nunca.

LUC. ¡Mi buen Beltrán! ¿Y has llegado hasta aquí?

BELTR. Naturalmente. Al principio no creía ir tan lejos. No pensé más que en recorrer diez ó doce leguas por aquellos contornos; pero á medida que encontraba la pista, me decía: —; Bah! Otro poquito más y volveré al redil la oveja descarriada.—Así es que, de etapa en etapa, he hecho, como quien no quiere la cosa, ciento veinte y siete leguas. Pero ahora ya sois mío, y no cejaré hasta sacaros de aquí y dejaros en brazos de vuestra desconsolada madre. La verdad: todo eso no me importa; pero no tenéis más remedio que partir conmigo si sois un hijo como Dios manda.

LUC. ¡Partir!... Es imposible.

BELTR. ¿Por qué? ¿Es por qué estáis enamorado? Es un disparate, una locura que vuestra madre os perdonará. La conozco bien, y no dudéis que recibirá con los brazos abiertos á la que le devuelva el amor de su hijo.

LUC. No puedo presentarla á mi madre, Beltrán. Luisa no es mi mujer.

BELTR. Pues casáos con ella. Otra locura, por supuesto; ¡pero hay tantos que la cometen!...

LUC. ¡Casarme!... ¡También es imposible!

BELTR. ¿Imposible? Para algunos será una falta; pero para vos es un deber... porque he oído decir por ahí que hay criatura de por medio.

LUC. ¡Mi hija! ¡Pobre hija mía!

BERTR. Pues por eso. Si vos le dáis el dulce nombre de hija, nada más justo que ella pueda llamaros padre.

LUC. Beltrán, soy más desgraciado y más culpable de lo que supones. ¡Luisa, á quién adoro! Luisa!... la madre de mi hija, ¿comprendes? Luisa... está casada!

BELTR. ¡Casada!

LUC. Antes de condenarla, óyeme, Beltrán. Luisa, que era huérfana, aceptó el esposo que le destinaron sus tutores. A falta de amor, dióle su amistad y su consideración. Llamado por el servicio del Rey en el mar de las Indias, el señor Delormel, marido de Luisa, dejó expuesta sin defensa á las seducciones del mundo, una mujer jóven á quien Dios había negado sus dos protectores naturales: una madre y un hijo: dos ángeles guardianes.

BELTR. Seguid.

LUC. Un día... el azar ó la fatalidad me colocó en su camino. Decirte... como el amor más insensato, la pasión más violenta arrolló mi alma, es imposible! Escúchame bien. Al cabo de unos días, ya no era el azar que me la presentaba: y comprendí que la profunda y verdadera pasión que me inspiró, había encontrado un eco en su corazón. Era tan hermosa... había tanta inocencia y dulzura en su mirada, que ni una sola vez acudió á mi mente la idea de que mi Luisa pudiera pertenecer á otro hombre. Cuando conocí ese secreto ya era tarde. Ese amor que avasallaba mi razón, era ya más fuerte que mi conciencia! más poderoso que mi honor! Sólo una pasión como la mía pudo triunfar de la instintiva virtud de Luisa, que, postrada á mis piés, me gritaba entre sollozos:—¡Piedad, Luciano, piedad! Te amo! Máta-me!... Tuya es mi vida, pero no me deshonres!

BELTR. ¡Desventurada mujer!

LUC. Cuando ella supo el próximo regreso de su marido, quería morir... pero nuevos deberes se lo impidieron: ¡iba á ser madre! Luisa, resignada á vivir, no podía afrontar la presencia del hombre á quien había faltado. Entonces, juntando lo poco que yo poseía, salí de París, renunciando sin vacilar al brillante porvenir que me sonreía, y olvidándolo todo, partí llevándome mi tesoro. Dos años hace que oculto aquí mi felicidad y mi vida. ¡Me pides que te siga!... Mi corazón y mi pensamiento vuelan hácia mi madre, no lo dudes; pero el secreto que tu abnegación ha sabido descubrir, un odio implacable pudiera sorprenderlo también... y no debo dejar ni un instante á mi Luisa expuesta á la venganza de su esposo. Hoy, para

mí, el mundo entero está en esta aldea. Aquí todos me aman y me consideran; me bendicen los desgraciados que vienen á buscar los auxilios de mi ciencia... y... cuando el recuerdo del pasado se levanta como un terrible despertar para hacerme temer el porvenir, tomo á mi hija en brazos, la estrecho contra mi corazón y soy dichoso! Entonces, mi buen Beltrán, me tranquilizo... y olvido!

BELTR. Pero... ¿es que ya no amáis á vuestra madre?

LUC. ¡Que no la amo!... ¡Por ella daría hasta la última gota de mi sangre! por ella lo sacrificaría todo! todo!... menos mi hija!

(Sale una criada del chalet llevando la niña en brazos)

¡Ah! mírala! aquí está!

(Cogiéndola y colocándola en los brazos de Beltrán. La criada sube al foro)

¡Es ella, Beltrán! Es mi hija! Dime ahora si es posible abandonarla!

BELTR. ¡Je! je!... ¡La verdad es que es hermosa como un ángel de Dios! Pero... pues no se me llenan otra vez los ojos?... pues no estoy llorando? ¡Ea! quitad eso de mi vista! Ya sabéis que esas cosas no me importan.

LUC. ¡No: sostenla en tus brazos, Beltrán! ¡fijos los tuyos en sus ojos tan puros y hermosos... dime si es posible abandonarla! ¡Dilo!

BELTR. Yo... que yo diga sí... ¡Aaaay! ¡Je! je! que risita tan hechicera! ¡Je! je! ¡Bendita seas! Pues... á estas horas... ni tengo fuerzas para decir una palabra!

LUC. ¡Ah! Bien sabia yo que no puedes condenarme. *(Entrega la niña á la criada que se va por el foro izquierdo)*

BELTR. Todo lo comprendo, señor. Yo no soy más que un pobre hombre, sencillo, que sólo consulta su buen sentido. Sin embargo, todas esas faltas son muy graves; tan graves, que pueden amargar para siempre vuestra existencia. En primer lugar: vosteníais una familia y os encontráis alejado de ella... sabe Dios por cuanto tiempo! Algún día... desearéis volver al regazo maternal... y quizás será tarde. Aquella por quien ansioso preguntaréis... ya no estará allí para responderos!

LUC. ¡Beltrán! ten piedad de mí!

BELTR. ¡Piedad! ¿Creéis que no la tengo? Ella es la que me está oprimiendo el corazón, como el día que salí de mi pueblo. En fin; me quedó aquí hasta mañana... y mañana me diréis si partimos juntos

ó si he de ir solo á consolar á la pobre vieja.
LUC. (*Entre dudas*) ¡Beltrán! ¡Oh!.. Estoy indeciso...
dudo... y mañana...

LUISA (*Apareciendo en la puerta del chalet*) Mañana
partirás, Luciano!

LUC. ¡Luisa!

BELTR. Señora... yo... en fin: tengo el honor de saludaros.

LUISA Contad conmigo, señor, para terminar la obra
que vuestra generosidad ha comenzado.

(*Acercándose á Beltrán*) ¡Yo impediré que Luciano
me sacrifique su fortuna, su porvenir y, sobre
todo, su pobre madre! Contad conmigo.

(*Tendiéndole la mano. Beltrán dice lo que sigue va-
cilando y acabando por estrecharla*)

BELTR. En cuanto á eso, señora, debo deciros que no me
importa: pero con todo... debo deciros también
que sois una buena mujer y tenéis un gran
corazón. (*Vase foro izquierdo*)

ESCENA QUINTA

LUISA, LUCIANO

LUC. ¡Luisa!... qué has dicho!

LUISA Estaba detrás de la celosía y todo lo oí.

LUC. Pues bien, Luisa: ya sabes que ese viaje es
imposible.

LUISA Sé que tu madre te espera y que podría maldecir
á la mujer que la separa de su hijo.

LUC. Voy á escribir á mi madre. Ella sola te compren-
derá, conocerá tu desesperación y tus lágrimas y
sabrà cuanto has luchado. Yo le confiaré mi amor
y le enviaré el retrato de nuestra hija. Le diré
que no he dejado un sólo instante de amarla y
que lloro lejos de ella... pero que moriría lejos de
ti, Luisa mía!

LUISA ¡Oh, sí! Me amas, Luciano, estoy segura! Y sólo
en esta seguridad encuentro fuerzas para decirte:
¡Separémonos!

LUC. No partiré.

LUISA Es preciso, Luciano; es preciso.

LUC. ¡Luisa... tu no me amas!

LUISA ¡Yo!

LUC. Pues bien: si me amas, ¿por qué me aconsejas que
parta? (*Pausa*)

LUISA El corazón de una mujer tiene á veces misterios
impenetrables. Cuando niña, sabes lo que pedía

á Dios? Pues le rogaba todas las noches que, para llamarme á su seno, no esperase que la edad marchitara mi frente, ni empañara el brillo de mis ojos. Le pedía una muerte prematura, que me dejase siempre hermosa en la memoria de los que me querían bien. Era un ruego impío, lo sé. Hoy, Luciano, sólo pido á la clemencia divina que me separe de tí antes que el tiempo haya desvanecido tus ilusiones y entibiado tu amor. Ese amor lo llevarás entero lejos de mí: entonces yo seré el sueño de tu vida: entonces tu pensamiento será todo mío, como tu corazón. Me quedaré sola y triste, á no dudar; pero... buscando en los rasgos del semblante de nuestra hija un recuerdo adorado, alimentaré la esperanza insensata, imposible de tu vuelta... y esa esperanza me dará fuerzas para vivir. Si, por el contrario, leyese en tus ojos el pesar de una existencia perdida por mi causa, si adivinase en tu corazón... no digo el desprecio: tu no puedes despreciarme! sino la indiferencia... entonces atentaría á mi vida!

LUC. ¡Luisa! Sabes que cuando te dije:—Juro vivir sólo para tí,—te consagré entera toda mi existencia. No me hables, pues, de separación. Que Dios y mi madre me perdonen si soy un hijo ingrato: pero yo no me apartaré un sólo instante de tu lado.

LUISA No perdonarán, Luciano! y... tengo el presentimiento de que la justicia divina nos ha de castigar en nuestra hija.

LUC. No digas eso, Dios mío! Qué horrible pensamiento! Dos veces, llorando sobre su cuna, he visto nuestra hija en brazos de la muerte y dos veces he luchado tenazmente hasta arrancarle su presa. Hoy nada tenemos que temer: nuestra hija está restablecida del todo.

LUISA Sin duda: parece que no sufre, pero su mirada es muy singular. A la edad en que los niños balbucean esas palabras que enloquecen de alegría á todas las madres, nuestra hija sólo deja oír sonidos inarticulados. Al mirarla así, tengo miedo. Luciano.

LUC. Tranquilízate, Luisa mía! En esos pretendidos síntomas, mi ciencia y mi razón no ven más que una ternura inquieta y un amor maternal intranquilo. Sal á recibir á Martina, que debe estar ya de vuelta con nuestro tesoro. Entretanto escribiré la carta que Beltrán llevará. Se lo confesaré todo á mi madre, sabrá lo buena que eres, sabrá lo hermosa que es nuestra hija... En fin; le diré:—Tu

sola nos faltas para ser completa nuestra dicha y no podemos ir hácia tí.—Es mi madre, y... ¿quién sabe? Tal vez resuelva reunirse con nosotros.

(Gritos dentro)

LUISA Esos gritos... ¿qué pasa?

LUC. Aguarda.

BELTR. (Dentro) ¡Señor Luciano! señor Luciano!

LUC. ¡La voz de Beltrán!

LUISA Llega mucha gente.

LUC. En efecto: son nuestros vecinos y Beltrán con ellos.

ESCENA SEXTA

DICHOS, BELTRÁN Y ALGUNOS ALDEANOS

BELTR. ¡Ay! señor Luciano! Bendita sea la Providencia! De buena hemos escapado los dos!

LUISA ¿Los dos?

LUC. ¿Qué quieres decir?

BELT. Nosotros dos en lo que más queremos. Vos en vuestra hija... y yo en mí mismo.

LOS DOS ¡Mi hija!

LUC. ¡Habla, Beltrán! ¿No ves que nos mata la ansiedad?

BELT. Sosegáos, porque está sana y salva... y yo también.

LUISA ¡En nombre del cielo! hablad! ¿Qué peligro ha corrido?

BELT. ¡Un peligro grande, enorme! Ya la veía muerta!

LUISA ¡Muerta!

LUC. ¡Dios mío!

BELT. Pero el peligro se conjuró, gracias á la sangre fría de un viajero conocido mío.

LUC. Explicate.

BELT. Estaba en la plaza de la aldea, contemplando á vuestra niña que jugaba en torno del carruaje de ese señor que... En fin... que miraba embelesado á la criatura y se me caía la baba de satisfacción... cuando de improviso, uno de los caballos se escapa y se encamina, brincando, hacia la criatura; se encabrita y levanta las patas delanteras, justo, justo sobre la cabeza de la niña!

LUC. ¡Gran Dios!

LUISA ¡Qué horror!

BELT. Me abalanzo para arrancarla del peligro; pero como soy viejo y no sirvo para gran cosa, hubiera llegado tarde, logrando, á lo sumo, que el animal

me estropeará junto con la criatura; pero ese noble señor, que presenciaba la escena, se arrojó valerosamente sobre el caballo clavándole sus dedos de hierro en las narices. en el momento que iba á desplomarse sobre nosotros. Dedos de hierro que obligaron á la espantada bestia á mantenerse un momento más sobre sus patas traseras...—¿Estáis fuera de ahí?—nos grita el viajero.—¡Sí, señor, gracias á Dios!—le contesto, y entonces deja caer el caballo al suelo dejándole tan tranquilo y tan manso como un cordero.

LUISA Pero ese señor... ese viajero, ¿dónde está? Quiero verle, darle las gracias y decirle que desde hoy mi vida es suya!

BELTR. Había subido ya al coche para marchar; pero algunos vecinos os han visto, señora, y le han dicho que vos sois la madre. Os miró y bajó otra vez del coche, diciendo que quería tener el honor de entregar él mismo la criatura á su madre.

LUISA ¡Ah! Sea quien sea, bendigo en mi corazón al que me devuelve la vida con mi hija!

TODOS ¡Aquí está!... aquí está!...

(Aparecen hombres y niños agitando los sombreros. madres con sus pequeños y en medio de todos Delormel con la niña en brazos, seguido de la criada)

ESCENA SÉPTIMA

DICHOS, DELORMEL con la niña, LA CRIADA
y acompañamiento

(Delormel se detiene á la vista de Luisa)

LUISA ¡Ah! Señor! creed que mi gratitud... ¡Ah!!
(Después de adelantarse con efusión hacia Delormel, ha soltado un grito de terror al reconocerle)

LUC. ¡Luisa! ¿qué tienes?

LUISA ¡Mi esposo!! mi esposo!!

(Con voz reconcentrada y cubriéndose el rostro)

LUC. ¡El!! ¡él!! *(Coge vivamente á la niña)* ¡Hija mía!
¡Hija mía!!

BELTR. *(Aparte)* ¡Su esposo!

(Todos miran á Luisa, pálida y muda de terror)
(Cuadro. Telón rápido.)

ACTO SEGUNDO

Sala en la planta baja del chalet. Ventana á la derecha, chimenea á la izquierda, puertas laterales y una en el fondo. Mesa llena de papeles, recado de escribir y una caja de pistolas. Sillas, butacas, etc. Luces sobre la chimenea y la mesa.

ESCENA PRIMERA

LUISA, LUCIANO, luego ANTONIA

La primera de pié frente á Luciano que está sentado junto á la mesa.

LUC. Vuelto en sí de la sorpresa, ni una frase de ódio, ni una sola palabra que revelara rencor salió de sus labios. Su mirada tranquila y glacial, estuvo breves momentos fija en la mía, y cuando cogí la niña en brazos, una amarga sonrisa se dibujó en su semblante. Entonces le oí murmurar con voz sorda: ¡Su hija!... su hija!... y marchóse rápidamente, sin que pueda explicarme su repentina desaparición.

LUISA Pero volverá, Luciano, volverá! Presiento que una gran desgracia nos amenaza!

LUC. Si viene, hálleos fuertes y preparados á recibirla.

ANTON. *(Por el foro)* Las órdenes de la señora están ejecutadas.

LUISA ¿El carruaje vendrá á buscarnos aquí?

ANTON. Sin falta, señora.

LUISA Gracias, mi buena Antonia. Activad los preparativos y no perdáis ni un minuto.

ANTON. Está bien, señora. *(Vase Antonia por la derecha)*

LUC. ¿Qué órdenes has dado? ¿Qué piensas hacer?

LUISA Partir cuanto antes: ahora mismo, si es posible. La fuga es nuestro único medio de salvación. Si Delormel, amparado por sus derechos, no se ha presentado ya á reclamarme, á arrancarme de esta casa, es que para invocar el apoyo del magistrado habrá debido llenar alguna formalidad. Pero vendrá mañana, esta noche tal vez, y siendo imposible luchar con él, no nos queda otro recurso que la fuga. Además, ya comprendes que nuestro único amparo en el mundo eres tú. Si nos amas, Luciano, partirás con nosotros.

LUC. ¡Oh, sí! Esperar el señor Delormel fuera una temeridad. No tengo el derecho de disponer de mi vida, porque es toda vuestra, lo sé... lo comprendo... pero la fuga es siempre vergonzosa.

LUISA ¡Luciano!... te lo ruego en nombre de tu hija!

LUC. ¡Oh, sí! partiremos!

LUISA Son las siete y el carruaje estará aquí dentro de breves momentos. Voy á ayudar á nuestra buena amiga Antonia. Avísanos así que llegue la berlina: nosotros estaremos dispuestos.

(Vase por la derecha)

ESCENA SEGUNDA

LUCIANO *(siguiéndola con la vista)*

LUC. ¡Pobre mujer! Pobre madre! Yo te he labrado esa existencia de vergüenza y de terror!... y no debo retroceder ante ningún sacrificio.

(Se sienta junto á la mesa)

¡El último adiós á mi madre! Luego... que el cielo nos guíe y tenga piedad de nosotros.

(Al disponerse á escribir, llaman en la puerta izquierda)

Llaman por ese lado. ¿Quién puede venir á mi casa por ahí... y á estas horas? ¿Será él?

(Abre la caja de pistolas y las amartilla)

¡Oh! Antes de que llegue á mi Luisa, pasará por encima de mi cuerpo!

(Vuelven á llamar)

¡Abramos!

(Abre y entra Beltrán cerrando vivamente la puerta)

ESCENA TERCERA

LUCIANO, BELTRÁN

LUC. ¿Eres tú, Beltrán?

BELTR. Creo que sí, pero no estoy seguro... porque ya no me reconozco.

LUC. ¿Qué pasa?

BELTR. No: no me reconozco, ni sé quién soy! Yo que vivo solo para mí, me encuentro desde esta mañana tan fuera de mí mismo, que, voy y vuelvo, me agito y me preocupo como si todo ello fuera cosa mía, siendo así que no me importa un bledo nada de lo que aquí pasa!

LUC. Tienes razón: ¡tal vez nos amenaza algún peligro! Vuélvete al pueblo y déjanos Beltrán!

- BELTR. Claro que me iré: pero... ¿dónde está esa señora?... ¿Y la niña? ¿Dónde está la niña?
- LUC. ¿Por qué lo preguntas?
- BELTR. Pues... lo pregunto, aunque no me importe... porque hay que pensar en su seguridad. No quiero que se diga después que he sido causa de una desgracia. (*Luciano le estrecha la mano*)
- LUC. ¡Mi buen Beltrán!
- BELTR. No: si no lo hago por ellas, sinó por mí mismo. Si no lo hiciera, después no dormiría tranquilo.
- LUC. ¿Has descubierto algo?
- BELTR. Ahora lo sabréis. Andaba rodando por el pueblo, escuchando, con mi acostumbrada indiferencia, todo lo que se decía... y he descubierto que han prohibido al jefe de postas entregar los caballos que vuestra señora ha mandado pedir, con motivo de una detención que tal vez efectuen hoy ó mañana.
- LUC. ¡Una detención! Entonces todo se ha perdido!
- BELTR. Puede que sí... y puede que no.
- LUC. ¿Qué quieres decir?
- BELTR. En cuanto supe la prohibición de daros caballos, reparé que en un campo vecino pastaban dos mulas soberbias, que no estarían de más en mi granja. Un poco más allá me fijé en un buen carro cubierto... justamente como el que deseo adquirir hace tiempo... Para abreviar: he comprado carro y animales á precio muy razonable. Como soy aficionado á los viajes y no me pesaría ver la Suiza, que está cerca... y como me gusta, cuando viajo, un poco de compañía para charlar... he pensado ofreceros el interior del carro, quedándome yo con la delantera para tomar el fresco á mi sabor. Otra cosa: á mi no me gusta viajar de día; por lo tanto, si os conviene mi proposición, podemos partir esta noche y cuando antes mejor.
- LUC. ¿Y si luego te molestan por haber favorecido nuestra fuga?
- BELTR. ¿A mí? ¿Quién ha de molestarme?
- LUC. Pues... el viajero que llegó contigo. El señor Delormel.
- BELTR. ¿Ese señor? Mientras yo no me meta en sus negocios, no tiene derecho á meterse en los míos. Mandad que me den la llave de la puerta cochera para entrar el carro, á fin de que nadie le vea estacionado delante de la casa.
- LUC. Aquí la tienes. (*Sacándola del cajón de la mesa*)
- BELTR. Que estén prevenidas la señora y la pequeña. Acabad sin ruido los preparativos de la marcha; no

sea que despertemos la curiosidad de los vecinos. En un verbo estoy aquí con el carro y los animales.

LUC. Te deberé la vida y la felicidad de los que amo. ¡Cómo podré pagarte lo que haces por mí!

BELTR. Yo no hago nada por nadie. Os alquilo tres asientos en mi carroza á cuatro libras cada uno: total, doce libras, que me pagaréis cuando se os antoje. Todo lo demás me importa muy poco.

LUC. ¡Noble corazón!

BELTR. No, señor: yo no tengo corazón. No quiero disgustos. Conqué... lo dicho.

(*Vase por la misma puerta*)

ESCENA CUARTA

LUCIANO, RAMÓN *con una carta*

RAMÓN ¿Señor?

LUC. ¿Qué quieres, Ramón?

RAMÓN Un mozo de la posada ha traído esta carta para vos.

LUC. Dame. Ve, ayuda á Antonia y bajad sin ruido nuestros bagajes al patio.

RAMÓN La berlina que encargásteis no ha llegado aún.

LUC. Lo sé. Haz lo que te he dicho.

(*Vase Ramón por la derecha*)

No conozco la letra. ¿De quién será? Veamos la firma... ¡Delormel!

(*Leyendo después de una pausa*)

«Señor: Sólo una casualidad podía revelarme
»vuestra presencia en este país, y esa casualidad
»debe ser providencial. Mientras esté en mi mano,
»evitaré el ruido y el escándalo: no quiero por
»lo tanto ningún intermediario entre los dos. Vos
»no vendríaís á mí: pues bien, yo llegaré hasta
»vos. Delormel.»—¡Va á presentarse esta noche!...
ahora mismo quizás!...

ESCENA QUINTA

LUCIANO, BELTRÁN *por el foro*

BELTR. Todo está dispuesto. El carro, las mulas y yo.

LUC. Amigo mío: voy á pedirte otra prueba de abnegación. (*Sube á cerrar la puerta del foro*)

BELTR. ¿A mí? No la uso: no es cosa mía!... pero con todo, no me pesará saber de qué se trata.

LUC. Es preciso que lleves contigo á Luisa y á mi hija Elena.

BELTR. ¿Y vos, no venís?

LUC. No. Es necesario que me prometas no abandonarlas un momento hasta que yo me reuna con vosotros... ó hasta que recibas una carta mía con instrucciones.

BELTR. ¿Y por qué no queréis acompañarnos?

LUC. Porque es imposible. Va en ello mi honor!

BELTR. ¡Ah!

LUC. Si mañana por la noche no estoy á vuestro lado, entregarás á Luisa esa cartera con algunos valores. Es todo lo que poseo.

(Le presenta una cartera que él rechaza)

BELTR. Si no es más que eso, podéis estar tranquilo: no faltará dinero. Tengo el riñón bien cubierto y soy más rico de lo que muchos se figuran para que vuestra Luisa y la pequeña no carezcan de nada. No me hacen falta esos papeluchos.

(Impaciente)

Ahora... haced lo que os convenga, pero yo no me molesto llevando en los bolsillos intereses que no me importan.

(Rechazando la cartera otra vez)

LUC. ¡Silencio! ni una palabra delante de Luisa.

ESCENA SEXTA

DICHOS, LUISA, ANTONIA

LUISA Ramón me acaba de decir que no tenemos berlina. ¿Es cierto?

LUC. Sí, Luisa. Para obtenerla era preciso refrendar un pasaporte y esa formalidad nos hubiera detenido todo un día. Sin embargo, gracias á Beltrán, nada puede modificar nuestro proyecto y podéis partir ahora mismo. Antonia, guíad á Beltrán para que se encargue de la niña. *(A Beltrán)*

Ahora, amigo mío, si no pudiese reunirme con ellas, cuento contigo para todo.

ANTON. ¿Venís, señor Beltrán?

BELTR. Vamos allá. *(Vánse por la derecha)*

LUISA Pero por qué te empeñas en que partamos sin tí?

LUC. El carro de Beltrán no puede contenernos á todos. Esta noche tomaré un caballo que me ofrece un amigo y así podré llegar á la frontera casi al mismo tiempo que vosotros.

LUISA ¡Luciano! ¿No me engañas?

LUC. Podría acaso vivir un momento lejos de tí y de

- nuestra adorada Elena? Parte, parte al instante.
LUISA ¡Luciano!
LUC. Y marcha sin temor, pobre Luisa mía! Tu no fuiste culpable y Dios en su misericordia no puede castigar una falta que no has cometido!
(*Tocan muy pausadamente las ocho en el reloj de la iglesia*)
¡Las ocho! Hace tres años, Luisa mía, que á esta misma hora osé penetrar en tu aposento! Tu estabas sola y sin defensa!.. Óyeme bien. La campana de la iglesia vecina sonaba pausadamente la hora como en este momento.
(*Abrese la puerta del foro y aparece Delormel*)
LUISA ¡Luciano!
LUC. Luisa estaba postrada á mis piés, mostrándome el retrato de su esposo! Luisa, pura é inocente aún, me pedía clemencia!...
(*Delormel ha bajado entre los dos*)
DELOR. Y vos no se la otorgásteis, señor Lemonier!
LUISA } ¡Él! (*Con terror*)
LUC. }
LUC. (*Reponiéndose. Pausa*) ¡Os esperaba, señor Delormel!
LUISA (*¡Dios mío! tened piedad de nosotros!*)
(*Cayendo en un sillón y cubriéndose el rostro con las manos*)

ESCENA SÉPTIMA

LUCIANO, DELORMEL, LUISA

- (*Delormel, después de haber fijado su mirada tenaz en Luciano, se quita la capa*)
DELOR. Permitid que cierre todas esas puertas. Conviene que nadie nos interrumpa.
(*Después de cerrarlas, Delormel baja pausadamente desde el foro hasta la mesa, deja en ella el sombrero y repara en la caja de pistolas que está abierta*)
¡Ah! Veo que sois previsor. Habíais preparado vuestras armas!
LUC. Sí, señor Delormel; pero acepto las vuestras.
LUISA ¡Un duelo!
(*Levantándose como por resorte: pero vuelve á sentarse al conocer la intención de Delormel*)
DELOR. (*Sonriendo amargamente*) Me ofrecéis vuestra sangre, no es eso? En tales circunstancias la frase es siempre la misma. Podríais aun añadir que no tratáis de defenderos... En una palabra:

quisiérais convertirme en asesino!.. por qué lo que me propondríais sería un asesinato? No: no he venido aquí para mataros. Sentaos, pues, señor... y prestadme toda vuestra atención. Ya veis que estoy tranquilo y soy completamente dueño de mí: así os lo he escrito. Deseo, por lo tanto, que todo se ventile entre los dos, sin el menor asomo de escándalo. (*Toma una silla y ocupa el centro*)

LUC. Hablad. ¿Qué esperáis de mí? (*Sentándose también*)

DELOR. Hoy nos vemos por primera vez... y, sin embargo, os conozco muy á fondo, señor Lemonier. Sé que érais la esperanza y el orgullo de vuestra honrada familia. La fortuna iba á sonreiros; la gloria á coronaros!.. y vos, sin pensar en el inmenso dolor que íbais á causar á vuestra digna madre... fortuna, gloria y familia... todo lo habéis hollado! Habéis sido no solamente un cobarde, sinó un infame!

LUC. ¡Acabad, señor, acabad!

(*En el colmo de la agitación*)

DELOR. Eso es lo que habéis sido vos, señor Lemonier! En cuanto á vuestra cómplice...

LUC. ¡Señor!

DELOR. (*Con más energía*) En cuanto á vuestra cómplice...

LUC. (*Levantándose*) Todo lo he soportado, todo lo he sufrido sin que una queja asomara á mis labios, porque se trataba de mí: pero os advierto que si pronunciáis una sola palabra injuriosa para ella!...

DELOR. ¿Me amenazáis? ¡Ja! ja! ja!

(*Inmovil y riendo irónicamente*)

LUC. ¡Ira del cielo!

DELOR. Señora... rogad al Señor Lemonier que se calme y conserve, como yo, toda su sangre fría!

(*Luisa se cubre la cara con las manos, Luciano la mira, vacila y luego se sienta lentamente.*)

Enhorabuena. Ya veis que os conozco bien: ahora, fuerza es que sepáis quien soy yo. Ante todo debo deciros que no he conocido, como vos, el dulce amor de la familia. Mi madre murió al darme el ser, y mi padre, bravo y pundonoroso marino, sucumbió por la Francia en un combate naval, dejándome un nombre glorioso. Supe mostrarme digno en ese nombre; digno del cargo elevado que el Rey me confirió... y digno en fin, de la hermosa jóven que más tarde consentía en ser mi esposa. Todo el amor que cabe en el corazón de un hombre llenaba aún el mío! y ese tesoro de ternura lo consagré todo entero á mi Luisa! La amé á la vez, como se ama á una madre, á una hermana y á una esposa. Aquel amor era un culto:

una adoración! Era tan cándida y tan pura mi Luisa!... (*Se pasa la mano por la frente: se serena y prosigue en la misma entonación de antes*)

Cuando, llamado por el servicio del Rey, debimos separarnos, mi corazón se desgarró!... pero nunca ofendí con la sombra de una duda á la que llevaba mi nombre, y partí dejando confiadamente mi honra bajo la salvaguardia de su virtud. Ese amor, vos me lo arrebatásteis!... Ese honor, vos me lo robásteis...! Era feliz y vos me habéis sumido en la desesperación! Era bueno y vos me habéis hecho rencoroso y despiadado!...

LUC. Y queréis vengaros! Pues bien, sea: señor Delormel! pero por grande que sea vuestro rencor, jamás podré olvidar que os debo la salvación de mi hija.

DELOR. ¡Gratitud!... á mí! Me ofrecéis vuestra gratitud! Para expresármela, aguardad al menos, que os diga el motivo que me conduce aquí.

LUC. Hablad de una vez, señor! ¿Cuáles son vuestros proyectos? ¿Qué venganza medita vuestro odio implacable?

DELOR. Ni tengo proyectos de venganza, ni alberga el odio mi corazón. No tengo más que deberes... y vengo á cumplirlos.

LUC. ¿Deberes? (*Levantándose y volviendo á sentarse ante la mirada tranquila pero penetrante de Delormel*)

DELOR. Cuando esa señora desertó, para seguiros, el hogar conyugal, dije al mundo que mi esposa volvía al seno de su familia... porque su carácter apacible y tranquilo, mal se avenía con mi genio violento y arrebatado. Os advierto que eso lo dije solo para mí; para cubrir mi honor, puesto que vos sabéis por demás que, desde entonces, ni siquiera he intentado turbar vuestro reposo. Pasado algún tiempo, supe que esa señora era madre. La señora Delormel tenía una hija!... y las leyes son terminantes, señor Lemonier; esas leyes no reconocen, para el hijo de una mujer otro padre que el legítimo esposo de esa mujer.

LUC. (¡Qué dice!) (*Sin aliento: mudo de terror*)

LUISA. (¡Dios mío!)

DELOR. Por lo tanto, esa niña crecerá llevando siempre el nombre de Delormel... y puesto que la ley me la impone, yo velaré constantemente para que ella, al menos, no pueda deshonrarlo.

(*Luciano se levanta convulso*)

LUC. ¿Qué la ley os impone mi hija? Qué velaréis constantemente para...! En nombre del cielo,

señor!... explicáos, porque no acierto á comprenderos! ¿Qué venís á buscar aquí?

DELOR. Vengo á buscar la señorita Delormel!

LUISA. ¡Vos!! (*Delormel se levanta*)

LUC. A buscarla!... A arrebatármela! A robármela!! Eso es imposible! Vos soñáis!!

DELOR. ¿Debo repetiros que esa niña llevará mi nombre?

LUC. Y yo... ¿debo deciros que esa criatura es mi sangre, mi vida?

DELOR. ¿Quizás algún día la abandonaréis!

LUC. ¡Yo!... Pero si es que no puedo comprenderos! ¡Me habláis de la ley! ¿Acaso la de la naturaleza no es más poderosa y más sagrada que la de los hombres? ¿Cuál es la absurda ley que consiente que se arranque un hijo de los brazos de su padre? ¡Eso es imposible! Vos no podéis robármela! Yo solo tengo derechos sobre mi hija!

DELOR. Pero á los ojos del mundo y de la ley, vos no sois más que un extraño para ella.

LUC. ¡Yo!!

DELOR. Como padre adulterino, no tenéis derechos ni deberes.

LUC. ¡No! Vos no os atreveréis á tanto!

DELOR. Creéis que dejaré en esta casa... que veré un día aparecer en el mundo una señorita Delormel, que habrá crecido entre su madre... y el amante de su madre!...

LUC. ¡Os digo que no me la robaréis!

DELOR. Mis órdenes están dadas, señor Lemonier; y en caso necesario, los magistrados acudirán á prestarme su apoyo y protección. Esa niña debe seguirme... y me seguirá!

LUISA. ¡Oh! No!

LUC. Seguiros mi hija!! Antes mil veces...!!
(*Arrojándose sobre una pistola y colocando la boca del cañón sobre el corazón de Delormel*)

LUISA. ¡Ah!!

LUC. ¡Jurad!... os lo exijo! Juradme que no venís para quitármela! Jurad... ó morís á mis manos!

LUISA. ¡Luciano!

LUC. ¡Oh! Vais á morir!!

DELOR. Aguardad un momento. (*Sereno y digno*)
Estos papeles podrían amortiguar la fuerza del proyectil. Tomad.

(*Sacando y dándole un paquete de cartas*)

LUC. ¿Qué me dáis aquí?

DELOR. Cartas de vuestra madre.

LUC. ¡De... mi madre!...

DELOR. En ellas me expresa su gratitud por haberle evi-

tado la vergüenza y por no haberos arrancado la existencia. ¡Ahora, matadme, si osáis!

(Separa la solapa presentándole el corazón)

LUC. ¡Oh! pobre madre mía! *(Dejando caer la pistola en el suelo y cayendo abatido en un sillón)*

DELOR. ¡Tenéis razón, señor Lemonier! no es hoy: sinó tres años atrás que debísteis pensar en asesinar-me, ahorrándome el suplicio de la vida! ¡José!

(Volviendo la cabeza hácia la puerta izquierda. José se presenta en el dintel de dicha puerta, pasa y se va por el foro con la niña en brazos. Luciano, abismado en su dolor, sollozando y con la cabeza éntre las manos, no ve ni oye nada: pero Luisa repara en José y corre á arrojarle á los piés de Delormel)

LUISA ¡Ah, señor! Soy muy culpable y no os demando piedad! Sólo os pido justicia! Por grande que sea mi crimen á vuestros ojos, la ley que habéis invocado no le castiga con la muerte!... y si me separáis de mi hija, me matáis, señor! Me matáis!! Oh, por piedad! Respondedme! Respondedme!

DELOR. Señora.. no sós ya mi esposa: ¡pero no puedo... no quiero impedirós que seais madre!

LUISA ¡Hija mía!! *(Luisa se levanta y vase corriendo por el foro diciendo)*

DELOR. ¡Tantas lágrimas!... y su desgracia data de una hora! Yo, en cambio... hace tres años que sufro!! tres años que lloro!! *(Vase por el fondo)*

LUC. *(Saliendo de su abatimiento y mirando enderredor)*
¡Solo! estoy solo! ¡Ah! Todo eso... debe haber sido un sueño! Y mi hija... *(sosegándose)* ¡Ah! debe estar allí. ¡Elena! Elena!

(Entra en el cuarto y exhala un grito terrible. Luego sale apoyándose en todos los muebles)

¡Ah!! Hija mía!! Todo era verdad! me la han robado!!

BELTR. ¡Señor Luciano!...

(Saliendo del mismo cuarto izquierda)

LUC. ¡Mi hija!... me la arrebatan... y no tengo fuerzas para seguirla! *(Rápido)*

BELTR. ¡La seguiré yo!

LUC. ¡Tu! mi buen Beltrán!

BELTR. ¡Y mediante Dios, la alcanzaré!

LUC. ¡Ah! no... no puedo más! *(Se desploma en el mismo dintel de la puerta del foro, donde ha llegado á duras penas durante el diálogo con Beltrán)* *(Telón)*

ACTO TERCERO

Interior de un salón de verano en el castillo de Delormel. La gran puerta del fondo abre sobre el parque. Muebles elegantes Luis XV: mesa de centro, canapé, sillones, e ínsolas adornadas, etc. Todo revela riqueza y buen gusto.

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO, EL JARDINERO

JARD. ¿Oís, Francisco? Oís nuestra hermosa campana?
(*Que toca hasta que habla Francisco*)

Tiempo hace que no escuchábamos su alegre voz. Pues no tuvieron la idea de fundirla para acuñar moneda? Poñ fortuna, todos los vecinos nos negamos á bajarla del campanario donde ha permanecido siempre, y hoy, por fin, nuestra vieja Mari-Juana vuelve á cantar con más bríos que nunca. Después de tenerla muda tantos años, es muy agradable, volverla á oír: ¿no es verdad, Francisco?

FRANC. Sí; pero lo que veo asomar por allá es más agradable aún.
(*Mirando al foro izquierda*)

JARD. En efecto: son las muchachas del país que, al salir de misa, han querido acompañar á nuestra señorita con la bandera que ella les ha regalado... y en la que pintó tan bonitamente una santa dentro de una nube.

FRANC. Ya se acercan.

JARD. Llevando flores, cintas... Si parece una verdadera procesión! La señorita va delante y el señor Federico la sigue dando el brazo al viejo Beltrán. Mirad que tieso camina el buen anciano y con que valentía lleva el peso de sus setenta y cinco años.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, ELENA, MUCHACHAS *vestidas de blanco como ella,*
BELTRÁN y FEDERICO

(*Llegan por el foro izquierda. Solo se ven cuatro ó seis muchachas figurando que quedan dentro las demás*)

ELENA Gracias por haberme acompañado hasta aquí, ami-

gas mías. Acabamos de asistir á una ceremonia que, desde hoy, se renovará tódos los domingos.

BELTR. Y eso lo debemos al primer Cónsul, que no ha querido que sigamos viviendo como herejes, sinó como fervientes cristianos. Diez años han permanecido cerradas nuestras iglesias: y hoy, por fin, gracias á él, vuelve á abrirse la casa del Señor...

FEDE. Para contento y regocijo del país. Parece que también estáis alborozado, señor Beltrán. El suceso no es para menos. Además, es tan grato verse rodeado de tantas personas felices!

BELTR. Si á mí la felicidad de los demás no me importa nada. Estoy contento por dentro, nada más, y la alegría de esas jóvenes me tiene sin cuidado. (*Dulcificando la voz*) Id, hijas mías; id y llevad vuestra preciosa bandera á la iglesia, para volver después y bailar un rato, si os lo pide el cuerpo, en la plazoleta del parque. Eso distraerá á nuestra señorita y tal vez no me disguste á mí, por más que no me ocupe de vosotras. (*Van á irse*)

¡Ah! Si no queréis darme molestia, entrad por la parte de la huerta. Hace calor, la fruta está sazónada y dicen que cojida en el árbol es más sabrosa, sobre todo cuando no hay vigilancia... ¡En fin, no me importa nada lo que hagáis! Id con Dios.

(*Va á sentarse*)

TODAS ¡Gracias, señor Beltrán! (*Vanse por la izquierda*)

FEDE. ¡Qué alegría habéis dado á esas muchachas!

BELTR. ¿Yo? No, señor. Me las he quitado de encima y en paz. ¡Ah! Con que gusto descansan estas pobres piernas de ciento cincuenta años.

FEDE. ¿Cómo es eso?

BELTR. ¡Claro! Cada una de ellas tiene setenta y cinco, como yo. Con todo, he aquí una fiesta que me ha hecho mucho bien. Hasta nuestra señorita, tan pálida de ordinario, ha recobrado sus buenos colores de antes.

ELENA ¿De veras, mi buen Beltrán?

BELTR. ¿Quién lo duda?

ELENA ¡Ha sido una solemnidad tan conmovedora!... Gracias á vos, señor Federico, la fiesta ha resultado espléndida.

FEDE. No merezco vuestros elogios, señorita. Hace tiempo que recorría el país: el señor Beltrán me permitió alguna vez la entrada aquí, á fin de poder reproducir el admirable panorama que se descubre desde vuestra terraza, y al devolver al culto la iglesia del pueblo, he procurado corresponder á

vuestras bondades, empleando mi escaso talento en decorarla. (*Con un suspiro*). Terminada ya mi tarea... solo me resta despedirme de vos.

ELENA ¡Váis á partir!... ¿Has oído Beltrán?

BELTR. ¿Qué?

ELENA ¡Que nos deja!

BELTR. ¿A mí qué me importa? No es cosa mía. Solamente que... no me parece oportuno que os marchéis cuando todo el país está rebosando de contento... y sobre todo, cuando la salud ilumina de nuevo el rostro alegre y sonrosado de nuestra señorita. (*Se vuelve para mirarla*)

¿Eh? ¡Ya está triste y pálida otra vez!

ELENA ¿Pero es que os obligan á partir?

FEDE. Mi hermana me espera en París, señorita. La dejé hace un año. Además, he terminado los estudios que me propuse hacer en esos contornos y...

ELENA Pero si aquí tenemos vistas hermosísimas, que se descubren no sólo desde la terraza, sino desde el mirador, la glorieta y la torre del pabellón. Hay además otros paisajes que no habéis visto y que nosotros os daremos á conocer. Creedme, señor Federico: os queda trabajo para mucho tiempo.

FEDE. Me quedaría con mucho placer, si no temiese ser importuno.

ELENA No: os aseguro que no nos importunáis. Al contrario; ¿verdad, Beltrán?

BELTR. ¡Claro que no! ¿A quién podríais molestar?... ¿á mí?... Yo no me ocupo de vos. ¿A nuestra señorita? Menos, porque está casi siempre en sus habitaciones; sobre todo cuando está pálida como ahora... ¡Calle! Ya está colorada otra vez!

FEDE. Entonces... si es como decís, me quedo.

ELENA Enhorabuena. ¡Ah! qué aire tan puro se respira hoy, mi buen Beltrán! Nunca me había sentido tan buena!

BELTR. ¡Hola! hola! Me parece que descubro el médico que ha hecho esta cura! (*Mirando á Federico*)

ELENA Síñ embargo, aun que me sienta mejor, no es cosa de olvidar á los que sufren, Beltrán. Es preciso ir á buscar á Juanito, el hijo de nuestro pastor, que está muy delicado: y como no hay médico en el país, para calmar su dolencia hacemos lo que Dios nos da á entender. Por eso, al ver nuestros apuros, el señor Federico me ha prometido escribir á un buen amigo suyo...

BELTR. ¡Ah, sí! A ese famoso Doctor que él llama el médico de los niños. ¿Le escribísteis?

FEDE. Y tengo su respuesta.

- ELENA ¿Vendrá?
FEDE. Hoy mismo.
ELENA ¿A qué hora?
FEDE. A las doce.
ELENA ¿Y decís que viene?...
FEDE. De diez y ocho leguas lejos de aquí.
BELTR. (¡Cara saldrá la visita! En fin, ella se interesa por la pobre criatura...) Voy á decir al jardinero que traiga al niño. (Vase)
- ELENA ¿Señor Federico?
FEDE. ¿Señorita?
ELENA ¿Quién es ese médico?
FEDE. El mejor de los hombres. Le conocí este invierno pasado en una aldea de los Alpes, donde me detuve para tomar algunos apuntes. Allí estalló de pronto una epidemia terrible que atacaba particularmente á los niños. Las madres inquietas y desconsoladas, no tenían más que una esperanza en el corazón y un nombre en los labios. El doctor Luciano.
- ELENA (¿Luciano?) (Como queriendo recordar)
FEDE. Le esperaban como un salvador. Yo creí ver llegar algún buen viejecito, médico de pueblo con más experiencia que saber; pero cual sería mi sorpresa al ver que entraba en la pobre casa donde estuve alojado, un hombre joven aun, que llevaba un traje modesto con rara distinción! Su mirada era dulce y benévola; su voz, armoniosa y persuasiva. Si le hubiérais visto como yo durante la epidemia, multiplicándose á medida que crecía el mal, yendo de cabaña en cabaña para arrancar á la muerte sus víctimas! No reposaba de día ni de noche, y cuando triunfaba del azote, cuando irradiaba la alegría en derredor, su rostro conservaba la huella de un dolor profundo y misterioso, pero tranquilo y resignado, en el cual parecía hallar nuevas fuerzas para cumplir la santa misión que se había impuesto.
- ELENA ¿Y supistéis la causa de ese dolor?
FEDE. Sí, señorita. El doctor tenía una hija á quien adoraba y se la robaron. Ese pobre padre, desheredado de su felicidad y privado de su tesoro, sacrificaba á las criaturas de otros una existencia que ya no podía consagrar á su propia hija.
- ELENA Eso es digno y noble, y... sin conocerle, siento ya por vuestro doctor profunda simpatía.
- BELTR. (Saliendo) El jardinero ha ido á buscar al hijo del pastor. (Preocupado y mirando alternativamente á Elena y á Federico) (Tal vez he tardado

mucho: pero yendo y viniendo dí en reflexionar... y cuando trabaja el cerebro, las piernas no quieren obedecer.)

ELENA ¿Por qué nos miráis así?

BELTR. ¿Yo? Por mirar algo: solamente que ahora miro hacia vosotros. ¿Qué edad tenéis, señor Federico?

FEDE. Veinte y cuatro años.

BELTR. Buena edad para un hombre. Nuestra señorita va á cumplir los diez y seis. Sois un jóven guapo á no dudar: ella es muy hermosa.

ELENA ¡Beltrán!

FEDE. La señorita es tan hermosa como buena.

BELTR. Jóven, hermosa y buena. Así quisiérais una mujer para vos, ¿no es cierto?

ELENA (Qué dice!)

FEDE. No me atrevo á soñar tanta felicidad.

BELTR. Bueno: ya tenemos un consentimiento. Y vos, señorita?... ¿Y tú, hija mía? ¡Ah! Bajas los ojos?... sonríes?... Otro consentimiento!

ELENA ¡Beltrán!

BELTR. Te ruborizas? Tres consentimientos! El cura no exige más que dos.

FEDE. Veo habéis adivinado ese secreto de mi corazón que yo mismo no osaba confesarme. Veo que habéis comprendido...

BELTR. ¿Que estáis enamorado? Para eso no hace falta gran sagacidad. Otra cosa he adivinado también hacia esa parte. (*Mirando maliciosamente á Elena*)

ELENA ¡Beltrán!

BELTR. ¿Qué, señorita? El amor nace, regularmente, antes del matrimonio. Habéis empezado por el principio y en paz. ¿Dónde está el mal?

FEDE. ¿Olvidáis que la señorita de Courtenay es rica?

BELTR. ¿Y qué? Desde cuando los jóvenes rehusan las muchachas porque son ricas?

FEDE. Desde que los padres rechazan los jóvenes porque son pobres... y creo haberos dicho que lo soy.

BELTR. ¿Sabéis lo que sois vos? Un jóven muy digno y honrado, que ama á nuestra señorita... y ella no le detesta!

ELENA ¡Beltrán!

BELTR. ¿Qué? Le detestáis?

ELENA Eso no.

BELTR. ¡Claro! Bien decía yo! Falta pues la cuestión de intereses: pero podéis estar tranquilo por esa parte. El señor de Courtenay, no es un padre... como los demás.

FEDE. Creéis que ama bastante á su hija para sacrificar á su dicha toda idea de fortuna?

- BELTR. ¿Amarla? No cuento precisamente con ese sentimiento. ¡Al contrario!
- ELENA ¡Pero Beltrán!
- BELTR. Quiero decir que el señor de Courtenay vive más en el mar que en la tierra; que ni siquiera ha visto una vez á su hija, desde los dos años que hemos vuelto de la emigración. De suerte que yo tendría más derecho que él á titularme su padre, puesto que no la he abandonado jamás,
- ELENA ¡Oh, no! jamás! Y es porque me quieres mucho!
(Acercándose á él)
- BELTR. (Con emoción que procura contener) Yo no he querido nunca á nadie. Solamente que á fuerza de vivir solo para mí y frecuentarme, acabé por aburrirme y cansarme de mi trato. Entónces fué cuando conocí á vuestra madre que viajaba con vos y el señor de Courtenay... Y yo, que no he tenido nunca apego á nada, me eché á viajar, y... por ir á alguna parte, fuí á donde fué vuestra familia. En eso vino la revolución. El señor de Courtenay, como noble, no podía quedarse en Francia; pero tampoco quería separarse de vos ni de vuestra madre... y yo dije para mis adentros:— Van á detenerlos, porque entónces detenían mucho: y una vez presos me quedaré de nuevo en compañía de mí mismo y volveré á aburrirme.— Entónces déjé que me nombraran alcalde: fabriqué un pasaporte para el señor de Courtenay, otro para vuestra madre y, por si convenía, otro para mí... y tomamos pasaje en un barco. Cuando contemplé la cáscara de nuez que debía expatriarnos, cuando la ví bailar sobre el agua como un tapón de corcho, me pregunté:—¿Te divertirás saltando así?...—y me senté en la orilla para meditar. La verdad: en tierra firme me encontraba muy bien. En aquel momento os entraron en aquella cáscara y vos empezásteis á chillar: me figuré tontamente que me llamábais, corrí y me metí en el barco. Al verme os echásteis á reir, con aquella risita hechicera que tanto me alborozaba, y... ¡claro! fuí á donde fuísteis, me quedé donde os quedásteis y desde entónces estoy donde estáis vos. ¿Es por cariño? ¿Es por costumbre? No lo sé, porque no me importa; pero yo me inclino á creer que es por costumbre.
- ELENA ¡Dí más bien que es por efecto entrañable! Por abnegación! Bien lo sabía mi madre cuando me dijo en su lecho de muerte:—¡Hija mía! mañana rogaré por tí desde el cielo! Te dejo un buen ami-

go: ¡ámale mucho!... y, haciendo el postrer esfuerzo, me depositó en tus brazos. Tu, al escucharla, me abrazabas y llorabas... como ahora, mi buen Beltrán.

BELTR. ¡No! Yo no he llorado nunca. Es que cuando miro al sol, se me llenan de agua los ojos.

FEDE. El señor de Courtenay debe estar orgulloso de tener una hija como vos.

ELENA Mi padre, distinguido oficial de marina, hizo largos viajes durante la emigración. Al volver á Francia le reconocieron su grado y entró en servicio otra vez; así es que casi está siempre lejos de mí. De ahí nace quizás esa frialdad, esa reserva que tanto me hace sufrir; pero á pesar de su carácter severo, es justo y bueno para mí, y cuando me anuncien que vuelve á mi lado, seré completamente dichosa.

BELTR. Pues empezad á serlo, señorita.

ELENA ¡Qué dices! ¿Acaso mi padre...?

BELTR. Me escribió ayer... y llega hoy.

ELENA } ¡Hoy!

FEDE. }

BELTR. (¡Pobre niña! de puro dichosa, tiembla como la hoja en el árbol! Por eso he querido ver lo que pasa en esos dos corazones. Ahora, ya sé lo que me resta hacer.) (Ruido de un coche dentro)

ELENA ¡Un coche! (Federico sube al foro izquierda)

FEDE. Una silla de posta que entra en el patio.

ELENA ¡Es él!... Mi padre!

BELTR. Marchaos ahora, jóven, y dejadme trazar el plan de ataque.

FEDE. ¡Ah! señor Beltrán! Vos me habéis enseñado el camino de la felicidad...

BELTR. Y vos me váis á enseñar los talones ahora mismo. Vos, señorita, reponeos un poco para que vuestro padre os vea alegre y no crea que os asusta su presencia. Ya sube. Vos por allá, jóven, y vos á vuestro aposento.

FEDE. ¡Adios, Elena!

ELENA ¡Adios, no! hasta luego. (Vase Federico por el foro derecha y Elena por la primera izquierda)

BELTR. ¡Ya era tiempo!

ESCENA TERCERA

BELTRÁN, DELORMEL, FRANCISCO *por la segunda izquierda*

DELOR. ¿No me habéis dicho que Elena estaba en este salón?

FRANC. Con el señor Beltrán; sí, señor. La señorita se ha-

- brá retirado á su aposento. ¿Queréis que la avise?
- DELOR. Por ahora no. Dejádnos solos. (*Vase Francisco*)
- BELTR. (Tan macilento como siempre!) Sed bienvenido, señor!
- DELOR. Hola, mi buen Beltrán.
- BELTR. ¿Vuestra salud?
- DELOR. Buena.
- BELTR. ¿Habéis tenido buen viaje?
- DELOR. Sí.
- BELTR. Y... ¿estaréis mucho tiempo al lado de vuestra hija?... (*Delormel alza la cabeza y Beltrán rectifica*) De nuestra señorita?
- DELOR. No.
- BELTR. No, sí, no!.. Es particular. Si no miente mi memoria me contestáis ahora lo mismo que catorce años atrás, en la aldea de Jeurre, donde nos vimos por primera vez. Aquél día buscabais dos personas que, á no dudar, fueron muy culpables con vos.
- DELOR. Sí! (*Con amargura*)
- BELTR. Pero hoy volvéis al lado de otras dos, que no han tenido jamás la menor idea de ofenderos. No es que me importen las amistades... pero en fin, ya estáis entre el viejecito á quien podríais tender la mano como para decirle adios, puesto que sus días son contados sobre la tierra... (*Delormel le estrecha la mano*) y la pobre niña, que tampoco es culpable, á quien podríais llamar para decirle, buenos días, hija mía!
- DELOR. ¡Mi hija!
- BELTR. ¡Ah! Ya veo que no la queréis, y se comprende!
- DELOR. Yo...
- BELTR. Otros harían lo mismo en vuestro lugar. Yo no soy su pariente ni me importa nada la señorita; pero su madre, al morir, me rogó que velara por ella, le dí mi palabra y hoy me veo obligado á cumplirla. Sin embargo, para librarnos de esa tutela, que tal vez nos pesa á los dos, creo que lo más conveniente sería casarla.
- DELOR. ¿Casarla?
- BELTR. Sin dote, por supuesto. Vos no le debéis nada. Yo me encargo de encontrar un honrado jóven que se contente con lo que poseo.
- DELOR. Qué dices!
- BELTR. Tengo aun muy buenos escudos, que no he de llevarme al otro mundo, y... como no sé qué hacer con ellos, nuestra señorita los puede aprovechar. Así nos libraremos de responsabilidades, y...
- DELOR. (Excelente corazón!).
- BELTR. Ya no tendréis ninguna precisión de verla más.

DELOR. ¡No verla! Separarme de ella para siempre ¡eso no!

BELTR. ¡Qué escucho!

DELOR. ¿Te sorprende mi lenguaje?

BELTR. Claro que me sorprende!

DELOR. Oyeme con atención. Cuando llegué, hace catorce años, con la criatura que debía llevar mi nombre, no tuve valor para separarla de su madre y consentí en reunirles, con la expresa obligación de que Luísa no revelaría á nadie el lugar escogido para retraernos de la Sociedad. Luísa y tú cumplísteis el juramento que os exigí. El nombre de Courtenay que, por ser el de mi madre, sustituí al mío, acabó de desorientar á los pocos amigos que me quedaban. Vino la emigración y murió Luísa en el destierro, durante una de mis largas ausencias, llena de arrepentimiento y llorando amargamente su pasado extravío.

BELTR. ¡Oh, sí! puedo atestiguarlo, señor!

DELOR. Cuando un alma vuelve al Creador, Dios la júzga... y el hombre debe perdonar. La muerte la purificó á mis ojos. Me arrodillé al pié de su tumba, rogué por ella... y perdoné. Más tarde empezó á calmarse mi dolor, mis heridas eran menos crueles, el recuerdo de su falta iba borrándose lentamente de mi memoria... y hoy la imagen de Luísa llena mi corazón como en los días de amor y felicidad. Desde que la perdoné, ya no vivo solo: la veo, la oigo, la siento en mí... ¡y... la amo, Beltrán!

BELTR. Pero... ¿y la niña?

DELOR. ¿Elena? Lo que experimentaba á su vista, durante largos años, era un sentimiento de piedad hacia ella... y un odio inextinguible hacia el hombre que ha destruído mi existencia. Constantemente le veía en ella, hasta que me enviaste aquél retrato.

BELTR. Sí: hará cosa de un mes que lo terminó un pintor que hemos conocido aquí. Es un digno y honrado jóven que está aun en el país y que...

DELOR. Al ver las líneas de su rostro, viva imagen del de Luísa, he querido reconciliarme con la hija, como me había reconciliado con el alma de su madre.

BELTR. ¿Y habéis vuelto con ese fin?

DELOR. Sí. ¡Quiero amarla, Beltrán!

BELTR. ¡Elena! Señorita Elena!

(Llamándola)

DELOR. ¿Qué vás á hacer?

BELTR. ¡Voy á decirle que abraze á su padre!

DELOR. ¡Su padre!

BELTR. Perdón, señor. Sólo vos y yo conocemos este secreto. Soy ya muy viejo y pronto quedaréis solo para guardarlo. (Elena sale. Beltrán la coje de la

mano y la lleva junto á Delormel) ¡Abrazadla, señor! besadla... y, si os estorbo, cerraré los ojos!

DELOR. ¡Elena! (*Abrazándola*)

ELENA ¡Padre!

DELOR. ¡Hija mía! (*La besa en la frente y se aleja para ocultar su emoción*) (¡Oh! no es mi hija! no es mi hija!) (*Vase segunda izquierda*)

BELTR. ¿Pasó? (*Vuelve la cara*) ¡Cómo! ¿Se ha marchado?

ELENA Sí: ya lo ves, Beltrán. ¡Ah! tenía razón mi madre al decirme que sólo me queda tu amparo en el mundo! (*Sale Francisco por el foro derecha*).

BELTR. (¡Por lo visto sólo se perdona á los muertos!)

FRANC. ¿Señor Beltrán?

BELTR. ¿Qué quieres?

FRANC. El Doctor que ha mandado llamar el señor Federico... ya sabéis: el médico de los niños, está aquí y pregunta si la señorita de Courtenay puede recibirle.

BELTR. Que pase. (*Vase Francisco*) Seca tu llanto, hija mía. No es cosa de recibirle con el pañuelo en los ojos. (Ese doctor llega á tiempo para distraerla. Y ese jardinero, que no viene!...) Por lo demás la actitud del señor de Courtenay no debe sorprenderte; sé que te quiere y sólo desea tu felicidad: me lo acaba de decir... y yo tambien sé lo que hay que hacer para que seas dichosa. Voy y vuelvo con el enfermo. (*Vase por el foro izquierda*)

ESCENA CUARTA

ELENA, luego FRANCISCO

ELENA ¡Dichosa! cuando mi padre rechaza mis caricias y le pesa mi presencia! ¡Ah! Conozco que pronto dejaré de imponerle ese suplicio! El mal que me desgarró y que el amor de Federico ha logrado adormecer, renace de nuevo... y creo que debo por ello dar gracias á Dios! ¡No!... no he de ser dichosa en este mundo!

FRANC. (*Guiando á Luciano que se detiene en el foro derecha*) ¿Señorita? El doctor está aquí.

ELENA Que pase. Así que llegue Juanito, conducidle aquí.

FRANC. Está bien. Podéis pasar. (*Vase foro izquierda*)

ESCENA QUINTA

ELENA, LUCIANO, JARDINERO y JUANITO

ELENA El señor Federico nos había anunciado vuestra visita, señor.

LUC. Mi amigo me escribió que un niño, por quien os interesáis, reclama mis cuidados; como mis clientes ordinarios... los pobres de mí aldea, no me necesitan de momento, he podido acudir sin perder un instante.

ELENA. Gracias, señor. (*Le da la mano. Luc. le clava la vista*)
LUC. ¡Ah!... Es singular!

ELENA. (*Al ver á Juanito que entra con el Jardinero, corre hacia ellos, sin notar la sorpresa de Luciano*) ¡Ah! Por fin. ¿Dónde está Beltrán? ¿No le habéis encontrado?

JARD. No, señorita; porque hemos entrado por la huerta.

LUC. (*Extraño parecido!*)

ELENA. Corred y evitad que el pobre viejo llegue inútilmente á la vivienda del pastor.

LUC. ¡Oh! La misma voz!

ELENA. Aquí está nuestro enfermito, señor.

LUC. ¡Ah! Vuestro enfermo... (*Procurando distraer su pensamiento.*) Acércate y dame la mano, hijo mío: ahora, mírame bien. (*Pausa*) En efecto, la fiebre le consume... pero podéis tranquilizaros: el caso dista mucho de ser desesperado.

ELENA. ¿No, verdad? (*Acercándose á Luciano*)

LUC. ¡Oh! Es increíble! (*Fijándose otra vez en ella*)

ELENA. Sin embargo, ved esa palidez... esa debilidad... y sobre todo esa mirada profundamente triste.

LUC. En efecto: es una pobre criatura nacida en la miseria. Este niño debe ser huérfano.

ELENA. Es verdad. ¿Cómo lo habéis adivinado?

LUC. Es muy fácil para mí reconocer á esos pobres desheredados del amor maternal! He visto tantos!

ELENA. ¿Es posible?

LUC. Los que han perdido su madre ó han sido por ella abandonados en la cuna, no tienen nunca la sonrisa de las otras criaturas: esa sonrisa de celeste felicidad que sólo nace al calor de los besos maternales.

ELENA. ¡Oh! sí. Debe ser verdad.

LUC. Ved sus ojos: no son claros y transparentes como los de otros niños. Su mirada incierta parece que busca á la que ya no vela por ellos sobre la tierra. ¡Ah! Lo sé por mí mismo, que he perdido una hija!... una hija que me robaron, señorita! Una hija que no llegó á la edad de conocer á su padre... y ha perdido su madre quizás. Catorce años que estudio en las criaturas que encuentro al paso, lo que habrá sufrido la mía! Y cuando veo uno de esos niños cuya mirada triste revela algo extraño, cuya voz no repite á cada instante ese cántico del

cielo encerrado en la sola palabra:—Madre!...—entonces exclamo:—Tu también eres huérfano! huérfano como ella!

ELENA Tenéis razón, señor!

LUC. Luego en la adolescencia, si es una niña, su frente pálida, su rostro impregnado de melancolía y su cabeza inclinada hacia la tierra, parece decir:—Madre, ¿es aquí donde estás? Madre, ¿es aquí donde me esperas?

ELENA (*Con voz baja y mirando al suelo*) ¡Oh, sí! para la que ya no tiene madre... el aislamiento... el abandono... el llanto!...

LUC. ¿Os he afligido, señorita?

ELENA (*En el mismo tono y siguiendo con la vista en tierra, profundamente ensimismada*) ¡Madre! ¿Es aquí dónde estás? ¡Madre! ¿es aquí dónde me esperas?

NIÑO ¡Madre! ¿Es aquí dónde me esperas?

LUC. ¿Acaso he abierto imprudentemente alguna herida? (*Mirándola con atención. Pausa*) (Fija la mente en ese parecido singular, no había notado la alteración de ese semblante!... Su mano abrasa!) (*Cogiéndole suavemente la mano, mientras ella sigue en la misma actitud*) ¡vos sufrís, señorita! ¡Oh! no hay duda! vos sufrís!

ELENA (*Como despertando de un letargo*) Es que... también soy huérfana, señor! Huérfana como la que buscáis!

LUC. (Oh! sí; su estado es más alarmante que el de ese niño! Si hubieran debido llamarme para ella!) Calmad esa agitación, señorita, y dejad, os lo ruego, vuestra mano en la mía. Dios os ha privado de una madre; pero os habrá dejado sin duda un padre que debe amaros entrañablemente.

ELENA ¡Mi padre!...

LUC. ¿Vuestra salud le ha preocupado alguna vez?

ELENA Nunca.

LUC. Entonces no conoce el valor del tesoro que posee!

ELENA Mi padre está casi siempre ausente.

LUC. ¿Quién cuida de vos, entonces?

ELENA Un viejo servidor que no me ha abandonado nunca, que procura distraerme cuando estoy triste, que me consuela si lloro y me prodiga sus cuidados cuando sufro.

LUC. ¿Y sufrís amenudo?

ELENA No, señor; no siempre estoy pálida como ahora. Algunas veces despierto por las mañanas con buen color en el semblante; mi sangre circula menos lentamente y mi corazón late con una fuerza que me sorprende. Entonces todo lo que me rodea

toma nuevo aspecto para mí: el cielo es más hermoso, las flores me brindan perfumes desconocidos, el aire que respiro es más puro... y amo la vida con pasión! La amo... como se ama lo que se teme perder!

LUC. (Oh!... reconozco esos terribles síntomas!)

ELENA Pero Doctor; recordad que no se trata de mí, sinó de nuestro pequeño enfermo! (*Yendo á buscar al niño, que se ha retirado junto á un mueble al ver que ya no se ocupaban de él, permaneciendo en una actitud melancólica hasta ese momento*).

LUC. La curación de ese niño es fácil. Cariño y algunos cuidados que un poco de dinero le han de procurar pronto...

ELENA No faltarán dinero y cuidados. Yo seré su enfermera: ¿verdad, Juanito? Haced vuestra prescripción, Doctor, para seguirla al pié de la letra. (*Con cierta febril agitación*) Desde que me habéis asegurado que el niño no corre peligro, experimento una alegría... (*deteniéndose*) Es singular! Una alegría que me oprime... que me ahoga... Parece que mi corazón está lleno de lágrimas... que pugnan por salir...

LUC. Señorita! es preciso que vea á vuestro padre!

ELENA ¡Mi padre!

LUC. Ahora mismo, si es posible!

ELENA Oh, no! Si es para hablarle de mi salud, no le veáis, señor! Ya no sufro; no me quejo! Me siento, por el contrario, muy buena! muy fuerte! Venid y os mostraré los hermosos paisajes que reproduce el señor Federico. Quiero también que conozcáis á mi mejor amigo!

LUC. ¿Vuestro amigo?

ELENA ¡Ah! Aquí le tenéis. (*Al verle aparecer en el foro*)

ESCENA SEXTA

DICHOS, BELTRÁN

LUC. ¡Beltrán! (*Con baja entonación*)

ELENA (¡Se conocen!)

BELTR. (*Sin oír al doctor*) ¿Y bien, qué dice el doctor? (*al verle*) ¡Bondad divina!!

LUC. ¡Beltrán! ¿No sueño? ¿Eres tú?

BELTR. Sí, ¡señor Luciano! No puedo deciros lo contrario. Soy yo... y metido en un lance!...

LUC. ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Desde hace catorce años, verdad? ¡Hace catorce años que estás al lado de esa niña, que tanto se parece á ella!... Habla,

Beltrán, habla por piedad!

BELTR. ¡Si no puedo! Si estoy... como deslumbrado... y no sé lo que me pasa!

LUC. Luego esa niña es! ¡Dios poderoso! (*Yendo á ella*)
¿Os llamáis Elena, verdad?

ELENA Sí, señor. ¿Cómo lo sabéis?

LUC. Yo!.. Qué como lo sé!.. ¡Elena! (*Beltrán le detiene*)

BELTR. (¡En nombre del cielo, señor! Que no desprecie á su madre!)

LUC. (Oh! callaré!... deja al menos que la contemple!)

ELENA ¿No queréis decirme cómo habéis sabido mi nombre?

LUC. Vuestro nombre! Si lo pronuncio continuamente!

ELENA ¡Ah! ya sé! Federico os lo habrá dicho!

LUC. Sí, sí! Federico, que añadía: Mi Elena es un angel! Cuando la veáis, amigo Luciano... Luciano es mi nombre. ¿Y vos? no habéis pronunciado el mío alguna vez?

ELENA Sí: cuando hablo con él.

LUC. ¡Ah! Federico es un excelente jóven! y tenía razón al decirme que erais tan bella y que os amaría tanto como á mi propia hija!

BELTR. (¡Por Dios, señor, reportaos!) (*Llorando*)

LUC. (Si estoy tranquilo, ya lo ves! completamente tranquilo!) Mi hija, señorita, mi hija se llamaba como vos!

ELENA ¿La que os robaron? ¿La que buscáis?

LUC. Al miraros, me parece que la he encontrado! Tiene vuestra edad! vuestro semblante! es hermosa como vos! ¿No es cierto, Beltrán?

BELTR. (Por Dios y la Virgen, seamos hombres, señor!)
Ocupémonos ahora del niño enfermo.

ELENA ¡Beltrán! ¡Tú lloras!

BELTR. El estado de esa criatura me ha conmovido!

ELENA Si el Doctor me ha dicho que le salvará!

BELTR. Pero me da pena verle con esa canluntura y es preciso medicarle enseguida. Anda, vente conmigo Juanito. ¡Vámonos, Doctor!

LUC. ¡Partir!...

ELENA ¿Tan pronto?

BELTR. (Es forzoso. Vuestro amor de padre os haría traición.)

LUC. (No partiré sin haberla estrechado en mis brazos!)

BELTR. (¡Demonio! Eso es imposible!)

LUC. (Daría la mitad de mi vida por lograrlo!)

BELTR. (Mucho dar es! En fin: voy á tratar de economizaros eso!) ¿Señorita Elena?

ELENA ¿Qué quieres?

BELTR. Yo, nada. Es el Doctor que me decía... Idea más

singular!.. Pues dice que os propone... un negocio.

ELENA ¿A mí?

BELTR. Él curará al niño y para pagarle cada visita, vos le permitiréis estampar un beso en vuestra frente, que tanto le recuerda la de su hija. (Creo que á ese desventurado no se le puede negar tan pequeño consuelo!)

ELENA (¡Pobre padre!) Acepto el negocio, señor. Besad... y quiera el cielo devolveros la hija que tanto lloráis!

LUC. ¡Hija mía! hija mía! (Besándola y llorando)

BELTR. Ahora Doctor... venid conmigo!

LUC. ¡Mi buen Beltrán! Al menos llevo en el alma un destello de felicidad! (Vase con Beltrán y el niño por la izquierda foro. Elena les sigue con la vista)

ESCENA SÉPTIMA

ELENA, luego DELORMEL

ELENA Tan jóven aun... y tan desventurado! Si llegase á encontrarla, cómo amaría á su hija!

DELOR. (Saliendo por la segunda izquierda) ¿Estás sola, Elena?

ELENA Sí, padre mío!

DELOR. Perdóname si te he dejado tan bruscamente hace unos instantes.

ELENA ¿Perdonaros yo?

DELOR. Confiaba en que podría quedarme ya á tu lado para siempre!

ELENA ¿Quedaros?

DELOR. Pero el destino no lo ha dispuesto así y me impone una nueva separación. Sin embargo, esta vez, antes de despedirnos, habré hecho lo que debo para asegurar tu porvenir y... mediante Dios, labrar tú felicidad. A mi llegada he hablado de ese proyecto con tu viejo amigo Beltrán. Ya habrás adivinado que se trata de un matrimonio.

ELENA ¡Un matrimonio! (Beltrán se lo ha dicho todo! Qué felicidad!) Y pensáis, padre mío, que...

DELOR. Pienso que Beltrán tiene razón y que ya es tiempo de darte un esposo digno de tí y del nombre que llevas. Beltrán me hablaba de un modesto partido...

ELENA Eso es.

DELOR. Pero olvidaba que te destino la mitad de mi fortuna. Por otra parte, mientras él pensaba en buscarte ese marido, ya había yo prometido tu mano.

ELENA ¡Ah!

- DELOR. He escrito á tu futuro que llegará pasado mañana para serte presentado.
- ELENA ¡Dios mío!
- DELOR. Es un jóven distinguido, cuya familia es muy considerada, y posee un capital equivalente á la dote que te señalo.
- ELENA Pero... si no me conoce, mal puede amarme.
- DELOR. Te amaré, no lo dudes. El señor Desparville es un cumplido caballero. ¿Con que, apruebas lo que acabo de realizar?
- ELENA ¡Sí... sí... padre mío! *(Con espanto)*
- DELOR. ¡Dios es testigo de que quisiera verte dichosa!
- ELENA ¡Dichosa!! *(Con profunda emoción)*
- DELOR. ¿Pero qué tienes? ¡Estás pálida!
- ELENA ¡Yo!... Ah! Si pudiese morir!...
(Cae desvanecida sobre un canapé)
- DELOR. ¡Vacila! Dios mío! Elena! Elena! ¡Socorro! Acudid! acudid todos aquí! *(Sale Francisco)*
- FRANC. ¡Ah! nuestra señorita! Por fortuna el Doctor está aun en la casa!
- DELOR. ¡Llamadle, llamadle pronto!... *(Vase Francisco, Delormel se arrodilla junto á Elena, cogiéndole una mano)* ¡Elena! Hija mía! Vuelve en tí! Háblame!... respóndeme!... Oh! nadie acude!

ESCENA OCTAVA

DICHOS, LUCIANO, *seguido de* BELTRÁN

- LUC. ¿Dónde está? *(Viéndola)* ¡Gran Dios! *(Corre hácia Elena y se arrodilla frente á Delormel)* Esa horrible palidez! Ese frío mortal! *(Coge la otra mano de Elena)*
- DELOR. ¡Esa voz! *(Al decir esas palabras alza la cabeza y se fija en Luciano, que le clava también la vista. En esto sale Beltrán)*
- LOS DOS ¡El!...
- DELOR. *(Cogiendo la mano de Elena, que Luciano tenía entre las suyas)* ¿Qué hacéis aquí? ¿Qué venís á buscar? ¡Salid! Salid al instante!
- LUC. *(Con firmeza)* Dos hombres hay que no deben abandonar un enfermo! El médico... y el ministro del altar! Yo soy médico! y me quedo aquí!
- DELOR. *(Con furor)* ¡Oh! Salid, vive Dios! Salid!!
- BELTR. *(Bajo á Delormel á quien aparta del grupo)* Señor, arrojadle de casa mañana!... pero dejad que la salve hoy! *(Cuadro) (Telón)*



ACTO CUARTO

Una terraza en el parque de Delormel. Á la derecha pabellón con tres escalones en su entrada. Bancos y sillas de jardín, una mesa rústica, plantas raras, flores, etc.

ESCENA PRIMERA

DELORMEL, BELTRÁN

DELOR. *(Dirigiéndose á Beltrán que sale por la izquierda)*
Beltrán, te he visto salir de las habitaciones de Elena. ¿Qué novedades ocurren?

BELTR. La mejoría alcanzada ayer se sostiene. Nuestra señorita acaba de bajar al parque... con...

DELOR. Dilo de una vez! con él! ¿no es cierto? Siempre con él!

BELTR. Podría presentarse alguna complicación, y en un caso así la presencia del médico es más útil que la nuestra.

DELOR. ¿Has enviado el propio al Dr. Landry, de Lyon?

BELTR. Algo puede hacer ese famoso médico, llamado á consulta por vos. El señor Federico ha querido ir en persona á buscarle. Ya le conocéis: es aquel simpático jóven de quien os hablé y que tanto afecto profesa á nuestra señorita. No volverá seguramente de Lyon, sin que le acompañe el doctor.

DELOR. He cedido á tus instancias, Beltrán. No arrojé de mi casa como debí hacerlo, al hombre que sólo la fatalidad, tu me lo has jurado, ha vuelto á colocar en mi camino. He consentido que prodigara á Elena los primeros auxilios que su estado reclamaba; pero esta mañana se encuentra mejor, y la próxima llegada del doctor Landry, hará inútil la presencia del señor Luciano en mi casa. Sobre todo procura que yo no le vea!

BELTR. Os prometo que partirá hoy mismo... por más que, á decir verdad, nuestra señorita está muy débil aún. Justamente cuando la llevamos desmayada á su aposento, á pesar mío, pensaba en su

difunta madre y me decía : Señor! yo que soy tan viejo, ¿por qué he de ver la muerte de esa desventurada criatura?

DELOR. Oh! No me repitas que Elena puede morir! Si Dios la llama á sí, qué me resta ya en el mundo?

BELTR. Ah! Entónces la amáis?

DELOR. Dudas aún de la afección que la consagro, tú... que detuviste mi brazo dispuesto á matar, sólo con esas palabras:—Puede salvarla..!—y no he muerto á ese hombre..! y sigue en mi casa, comprendes? bajo mi techo y junto á ella! Oh, sí! con él han renacido todas las torturas de los celos! todos los rencores! Si parece que viene á robarme á Luísa por segunda vez!

BELTR. Por grande que haya sido su culpa, señor, mayor es el castigo que soporta y acepta como un acto de justicia del cielo! Yo os respondo de él. El Doctor no abusará de lo que el azar le hizo descubrir. Si eso no os tranquiliza, aun queda un medio para impedir que nadie se mezcle en lo que á vos solo importa, es decir: en la felicidad de la niña. Esa felicidad podéis dársela vos solo... y lo más pronto posible. Esa será vuestra mejor venganza contra el señor Luciano, que nada puede hacer por nuestra señorita.

DELOR. Tienes razón, amigo mío. Quiero que Elena sea dichosa y lo sea por mi mano.

BELTR. Eso es: la habéis educado como una princesa, será rica... y creo que lo mejor es casarla cuanto antes. Precisamente ayer empecé á tocar ese punto con vos, para conocer vuestra opinión.

DELOR. Es cierto, Beltrán. Hay que dar á Elena un sostén, un protector que nos reemplace cuando faltaremos.

BELTR. (La cosa marcha.) Pues el marido que nos conviene y llena todos los requisitos, es...

FRANC. (*Sale Francisco y dice*) El señor Desparville acaba de llegar.

DELOR. Muy bien: voy á recibirle y hacer la presentación. El señor Desparville es el marido que la he destinado. (*Vase seguido de Francisco*)

ESCENA SEGUNDA

BELTRÁN *solo*

BELTR. El marido! bondad divina! Yo que creía haberlo arreglado todo para que el elegido fuese el señor Federico, ahora resulta que he trabajado en favor

de un intrigante, que se enlaza con la niña sólo por el capital, puesto que ni siquiera la conoce! Y... cómo le digo eso á nuestra señorita? La culpa la tengo yo! ¿Qué necesidad tenía de sacrificarme por una criatura que no me importa? No soy siquiera su pariente y me consumo la sangre, y hace catorce años que dura ese sacrificio, que me costará una enfermedad si no pongo tierra por medio. No, no! Ya tengo bastante: que se arreglen como puedan! Yo me vuelvo á mi granja á vivir en compañía de mí mismo: eso es. Voy á arreglar el paquete enseguida y sin decir nada á nadie. Me parece que soy muy dueño de mí y puedo hacer lo que me acomode. Y entónces, cuando yo no esté aquí... claro! me faltará algo...! porque soy un animal de costumbre! Me faltará esa carita de rosa que me rejuvenecía y alegraba mi vista... y estoy seguro que ella echará también de menos esa vieja y arrugada facha que Dios me ha dado...! Pobre niña...! No: no me iré! Por más que no me importe, no puedo tolerar que el señor Delormel deje que Elena se consuma á fuego lento! Diré al señor Luciano lo que pasa y entre los dos evitaremos ese condenado matrimonio. Justamente él viene con su hija... porque es su hija...! y sabrá defenderla. Voy á mandar que desenganchen la berlina, que, por orden del señor Delormel, debía llevarse al señor Luciano.

(Vase foro derecha)

ESCENA TERCERA

LUCIANO, ELENA

(Llegan por la izquierda. Elena se apoya en el brazo de Luciano)

LUC. Estáis algo fatigada y es que el paseo se ha prolongado más de lo conveniente. Es preciso entrar.

ELENA ¿He de encerrarme ya en ese pabellón tan triste y solitario? Doctor, os lo ruego! Dejadme respirar aun el aire embalsamado de nuestras praderas! Dejadme vivir entre mis flores... y olvidar...

LUC. ¿Olvidar?

ELENA Sí: borrar de mi mente un sueño de felicidad!

LUC. ¿Es posible que á vuestros años, un sueño feliz no pueda realizarse?

ELENA He tenido un momento de esperanza. En ese momento, Doctor, os hubiera dicho: haced que viva!

Ahora, si no fuera ofender á Dios, os diría: dejadme morir!

LUC. Morir vos!... Oh, no! pero ese secreto de vuestro corazón debéis confiármelo. Ese sueño, debéis referírmelo. Lo exigo!...

ELENA Cómo!

LUC. Y esa exigencia no debe sorprenderos. No soy un indiferente, ni un extraño para vos. Soy médico... y el médico es un buen amigo, á quien nada debe ocultarse. *(Pausa)* Guardáis silencio... y lloráis? Vamos, hija mía: confiadme vuestras penas. Soy vuestro mejor amigo: os lo repito. Tenéis la edad y la figura de la hija que lloro y que tanto me recordáis. Dejadme creer un momento que estoy á su lado, ya que Dios me da esta hora de ilusión á cambio de catorce años de tortura y abandono! Mi Elena me hubiera dejado ya leer en su corazón!... y es que la ternura de un padre es más perspicáz que la ciencia del médico. Lo que la ciencia busca, el amor paternal lo adivina! Lo que se oculta al médico, se confía á su padre!

ELENA A él, oh! no me atrevería jamás!

LUC. ¿Le teméis acaso? Ah! no le conocéis bien! Pobre padre! *(Olvidándose)*. No sabéis lo que por vos ha sufrido y sufre aun!

ELENA Qué decís!

LUC. *(Reponiéndose)* Digo que... debéis compadecerle... y vivir para él.

ELENA Si mi padre me hablara como vos, Doctor! Si su voz fuese tan dulce y persuasiva como la vuestra, mi corazón no tendría secretos para él! Creedme, señor: al escucharos, experimento una emoción que en vano intento definir. Hace pocas horas que estáis aquí y me parece sois ya mi mejor amigo.

LUC. Oh! no lo dudéis!

ELENA Más que Beltrán!

LUC. Oh, sí!

ELENA Y eso que Beltrán me quiere entrañablemente. Se lo hubiera confiado todo: pero el pobre es tan viejo ya!... Si le contara mi sueño, me aconsejaría que no creyese en una cosa tan pueril. Luego, siempre dice que no quiere á nadie, y no me comprendería si le dijese:—Amar y ser amada, es la vida!... y yo muero porque me impiden amar á quien amo!

LUC. A Federico, no es cierto?

ELENA Sí! y le amo más, si cabe en lo posible, después del sueño que tuve, y que voy á referiros.

LUC. Os escucho, hija mía!

ELENA Una noche que la fiebre agitaba sin duda mi sueño, una visión celestial se presentó ante mí. (*Cerrando los ojos*). Mis ojos estaban cerrados y no obstante veía... como veo en este momento. Mi madre estaba á mi lado...

LUC. (Su madre!)

ELENA Y, como en los tiempos de mi infancia, se inclinaba hacia mí para besarme. No tenía ya aquella tristeza que, en vano, mi amor filial quería disipar. Una inefable sonrisa iluminaba su semblante y en sus hermosos ojos brillaba la felicidad. Me adornaba como se adorna á una desposada. Su mano sujetaba el velo en mi frente y el ramo de azahar sobre mi corazón. Al arrodillarme para que me bendijera, se presenta un jóven y se coloca á mi lado, arrodillándose también. Mi madre toma mi diestra y la junta con la de mi futuro esposo. Ese esposo, elegido por ella y por ella bendecido, era Federico! Desperté... y me encontré sola como siempre! Creedme, Doctor: únicamente en el cielo puedo ser dichosa!

LUC. Oh, no! Vuestro sueño se realizará, Elena! El jóven elegido por vos y bendecido por vuestra madre, será vuestro esposo.

ELENA Ya es tarde. Mi padre ha prometido mi mano.

LUC. ¿A quién?

ELENA Al señor Desparville.

LUC. Vuestro padre retirará su palabra y el señor Desparville no vendrá.

BELTR. (*Saliendo por el foro derecha*). El señor Desparville está aquí...

ESCENA CUARTA

LUCIANO, ELENA, BELTRÁN

LUC. Aquí!

ELENA Dios mío!

BELTR. Y, dentro de un instante, os será presentado como futuro esposo.

LUC. Rehusad su mano!

ELENA Resistir á mi padre! Imposible!

LUC. Pero ese enlace puede costaros la existencia!

ELENA Obédecere.

LUC. No! Si vuestra pobre madre no puede ya defenderos, la Providencia os envía un protector... y ese protector, soy yo!

ELENA Nada conseguireis, señor!

- LUC. Tratándose de vos lo alcanzaré todo. Ya no parto, Beltrán. Elena sufre y llora... y es preciso defender su vida y asegurar su felicidad! Aquí me quedo.
- BELTR. Contaba ya con esa buena resolución y he mandado retirar el carruaje que debía llevaros por orden del señor de Courtenay.
- ELENA Señor, no lo dudéis: vuestros nobles esfuerzos serán inútiles. Además, mi padre no se explicará el vivo interés que os mueve á protegerme.
- LUC. Yo os juro que lo comprenderá!
- ELENA Si yo misma no acierto á comprenderle!
- LUC. Porque no conocéis los medios de que pienso valerme y, sobre todo, lo que voy á recordarle.
- BELTR. *(Que habrá subido al foro izquierda)* Ahí viene el señor de Courtenay.
- LUC. Está bien. *(Déjame solo con él.) (A Beltrán)*
- BELTR. Vámonos, señorita. Es hora de recogeros.
(Llevándola de la mano hacia el pabellón)
- ELENA Cualquiera diría que estás temblando! Beltrán! qué va á pasar aquí?
- BELTR. Dios lo sabe!
- ELENA *(Oh! Yo lo sabré también!)*
- BELTR. Ya llega! Pasad, señorita, entrad pronto. No es cosa de que perdamos lo que hemos ganado...
(Entran en el pabellón donde Beltrán acaba la frase anterior. Apenas han desaparecido, aparece Delormel en el foro izquierda)

ESCENA QUINTA

LUCIANO, DELORMEL

- DELOR. ¿Aún aquí, señor Lemonier?
- LUC. Si no hubiéseis venido á mí... yo hubiera ido á buscaros.
- DELOR. ¿Para qué? ¿Qué más podemos decirnos? Sois médico y habéis invocado ese título para quedaros al lado de... una persona que parecía necesitar vuestros cuidados. La próxima llegada del doctor Landry, que merece toda mi confianza, hace inútil vuestra estancia en esta casa. Había encargado á Beltrán que os lo hiciera comprender... Ah! tal vez omitió entregaros vuestros honorarios. Como ya no debemos vernos jamás, justo es que repare ese olvido. *(Deja una bolsa sobre la mesa)* Ahora, creo que todo ha concluido entre nosotros.
- LUC. No! y voy á repetiros lo que terminantemente os dije ayer: Me quedo aquí!

DELOR. Quedaros... vos..! en mi casa? Seguramente, no es serio lo que decís, señor.

LUC. Trataré de calmarme para que nada me separe del camino que me he trazado... y que debo seguir hasta el fin. Y vos me escucharéis, señor Delormel, como yo os escuché hace catorce años. Supongo que no habéis creído nunca que yo me había resignado y conformado á mi desgracia! Supongo también que no habéis pensado que os abandonaríais, sin que por todos los medios intentase reconquistar el bien que me robásteis! Como herido de un rayo y luchando por espacio de algunos meses entre la vida y la muerte, no pude seguiros, hasta que el retiro que elegísteis para ocultaros hizo vanas mis pesquisas. Si yo hubiese podido descubrir vuestras huellas... creedme, señor, ya sea por medio de la astucia, ya por la violencia, me hubiera apoderado otra vez de mi tesoro; pero Dios no quiso que os encontrara á mi paso! Catorce años de inauditos sufrimientos han transcurrido... y el azar... qué digo, la Providencia me ha guiado y me ha conducido á esta casa. Si en ella hubiese encontrado á Elena dichosa, y dichosa por vos, os juro que, aceptando mi desgracia como una expiación, hubiera partido y encerrado en el fondo de mi alma mi desesperación y mi secreto... y... quién sabe! quizás os hubiera perdonado.

DELOR. Perdonarme!

LUC. Sí, porque hoy el más culpable de los dos, no soy yo, señor; para excusar mi falta... mi crimen, si queréis, tenía en mi abono una juventud irreflexiva, un corazón ardiente, una pasión insensata! Yo no premedité á sangre fría vuestra desgracia, no me escudé en la ley para asesinaros! Os ofrecí mi pecho descubierto y vos, pudiendo aniquilar mi cuerpo, habéis querido matar mi alma! Dad tregua de una vez al ódio consejero del mal! Para satisfacer vuestra venganza básteos una tumba! no queráis abrir otra!

DELOR. No os comprendo, señor.

LUC. Respetando la memoria de una madre y la inocencia de un ángel, en calidad de médico, he interrogado á Elena... y pocos momentos me han bastado para apreciar la extensión del mal. Sabed que la vida de Elena está en peligro!

DELOR. (*Con espanto*) En peligro..! Su vida en peligro! (*Calmandose*) Pero, no: no es posible! Ahora os comprendo bien! Elena está enferma pero vos po-

déis curarla! Elena está en peligro y vos podéis salvarla! Llamaré á las más ilustres lumbreras de la ciencia, pagaré sus cuidados con toda mi fortuna y, si es preciso, con mi vida!

LUC. Esas lumbreras sabrán combatir un mal físico; pero lo que puede matar á Elena es un dolor moral!

DELOR. Falso! no existe ningún dolor moral que mate, puesto que vos y yo vivimos aún!

LUC. ¿Olvidáis, señor, que una víctima ha sucumbido ya?

DELOR. Si queréis que os escuche, no pronunciéis jamás su nombre!

(Pausa)

LUC. Cuando Elena cerró los ojos á... su madre, pudo comprender lo que en ella perdía. El amor del padre más afectuoso no hubiera bastado á colmar el vacío inmenso que se hizo enderredor de la pobre huérfana. Vos no podéis amar á esa niña; lo sé...! pero el derecho inhumano (*Delormel se sienta á la izquierda*) que os escuda, os creaba, al menos, deberes sagrados... y esos deberes no los habéis cumplido! Siempre sola, abandonada, para ayudarla á cruzar el camino de la vida, Elena sólo ha tenido la mano cariñosa de un pobre anciano! Siempre temblando ante el que la obliga á llevar su nombre, no osando confiarle sus pensamientos ni sus dolores. Elena llegó al punto de una crisis terrible, que yo había previsto, cuando, hace catorce años, la disputé á la muerte. El momento previsto llegó y Elena no tenía madre... y yo estaba lejos de ella. Sólo un milagro podía salvarla! Este milagro Dios ha querido hacerlo, encendiendo en el corazón de Elena la llama del más puro amor!

DELOR. (Es posible!)

LUC. Feliz y orgullosa de su elección, iba á confiaros ese secreto, cuando vos le anunciásteis que habíais dispuesto de su mano. Ni siquiera pensó la infeliz en resistiros; pero al sentir que se desvanecía su última esperanza, cayó exánime en vuestros brazos... y, sin embargo, nada habéis visto, nada habéis comprendido. En cambio yo lo adiviné todo... y he prometido á Elena que sería la esposa del que su corazón eligió!

DELOR. Vos habéis prometido...! Vos!! Oh! ahora es cuando se efectuará el enlace proyectado por mí!

LUC. Sin duda no me habéis comprendido cuando os he dicho que ese enlace es para Elena la desesperación! la muerte quizá! Pensad que debéis rendirme cuentas de su vida!

DELOR. Sólo debo rendir cuentas á Dios!

LUC. Oh!!... señor, no me provoquéis! Una sola palabra me bastaría para destruir vuestro fatal proyecto! Este secreto que me abrasa!... este secreto abrumador que á duras penas contengo en mi corazón, lo arrojaré á los vientos si á ello me obligáis! Lo diré á Elena...! al hombre á quien vais á sacrificarla! al mundo entero!

DELOR. Si no sois el más ruín de los hombres! si no sois el ser más bajo y degradado que sustenta la tierra, os guardaréis de mancillar una memoria que yo he dejado inmaculada y santa en el corazón de Elena! Por lo demás, ¿qué lograríais con semejante escándalo? Suponed que os dejo tiempo para deshonorar de nuevo mi casa: ¿qué sucederá entónces? Yo diré que sois un vil calumniador...! un infame! y me creerán, teniendo como tengo de mi parte la opinión y el apoyo de la ley! Vos podréis descubrir á Elena el oprobio de su nacimiento; pero ella rechazará con horror al miserable cobarde que habrá osado arrojar la deshonra sobre la tumba de su madre!

LUC. ¡Oh! Siento que la razón me abandona! ¡Qué debo hacer, Dios mío, para salvar á mi hija! ¿Queréis que me arrastre á vuestros piés? Aquí me tenéis! Ved, señor, que ya no amenazo, sino que suplico de rodillas sin lágrimas ni rencores! He merecido vuestro encono, lo sé, pero ella no! Haced que viva, señor, y que viva dichosa! Entónces le diré que sois el más noble y generoso de los hombres! que debe amaros y bendeciros... A vos! su padre! sí! su padre!

DELOR. El coche debe esperaros, señor. (*Glacial*)

LUC. (*Desencadenando su furor*) ¡Asesino...!! Asesino!! Confiesa de una vez que me robaste mi hija para matarla!

DELOR. ¡Miserable!! (*Va á lanzarse sobre Luciano, pero la puerta del pabellón se abre y aparece Elena pálida como un cadáver. Baja los escalones lentamente*)
(¡Elena!)

ESCENA SEXTA

DICHOS, ELENA, luego BELTRÁN

ELENA (*A Delormel con aparente calma*) No me equivoqué, padre mío, cuando me pareció, de lejos, reconocer vuestra voz. Me figuré que estábais con el señor Desparville, cuya llegada me anunció

Beltrán y que vos ibais á presentármele, según me ha dicho, como mi futuro esposo!

DELOR. Beltrán te dijo la verdad, Elena.

LUC. Ese matrimonio...

ELENA Se efectuará, señor.

LUC. (Es posible...!)

DELOR. (¿Qué dice?)

ELENA Elegido por vos, el señor Desparville debe ser digno de la que lleva vuestro nombre. Soñé un momento en un porvenir distinto del que vuestra solicitud me prepara. Era sólo un sueño de niña inexperta que procuraré olvidar... que he olvidado ya!

DELOR. (¿Nos habrá escuchado?)

ELENA Gracias, Doctor, de haber retardado vuestra partida, para defender una causa que abandono yo misma. Partid, señor... y no temáis ya por una pobre enferma...

DELOR. (Esa emoción al hablarle...!)

ELENA Que os guardará una inmensa gratitud por vuestros nobles intentos en su favor! Gratitud que durará... lo que dure mi existencia!

DELOR. (Oh, sí! nos escuchaba!)

LUC. ¡Elena! (*Estrechándole entre sus brazos*)

DELOR. ¡Miserable! Se lo has descubierto todo! Lo sabe todo!

LUC. Yo! ¿qué osáis decir? (*Dejando á Elena*)

DELOR. Digo que me has arrebatado mi última ilusión! que me has robado mi última felicidad! y que vas á morir!

ELENA ¡Ah! (*Cayendo de rodillas entre los dos*)

LUC. Un duelo! Oh, gracias, señor!! Hija mía! ó serás libre ó habré dejado de existir! Salgamos! (*Salen vivamente por la derecha*)

ELENA Padre...! padre mío! Dios de misericordia! favor! socorro! socorro!

BELTR. Qué sucede! (*Saliendo del pabellón*)

ELENA Que... que están allí! que ván á... Ah! Dios mío! piedad...! piedad....

BELTR. En nombre del cielo, habla! (*Quiere levantarla*)

ELENA Mi padre! ¿comprendes? Luciano!—Mi padre...! Vá á matarle! (*Suena un tiro dentro*)

BELTR. Dios eterno!

ELENA Ah!! muerto...! muerto..... (*Cae al suelo*)

BELTR. Elena! hija mía!! (*Colocándole la mano sobre el corazón. Rápido todo el final*) Nada! nada! (*Llorando*) Andad! exponed vuestras vidas! matáos!! para disputaros un angel que Dios ha querido para sí!!
(*Telón*)



ACTO QUINTO

El aposento de Elena. En el fondo gran alcoba cerrada por cortinas de muselina. En el foro derecha y junto á la alcoba, un velador con medicinas. Al otro lado una butaca. En el lecho, oculta por las cortinas, está Elena pálida é inmóvil. A la derecha, puerta y ventana. A la izquierda, primer término, chimenea con espejo, reloj, jarrones y dos velas encendidas. Delante de la chimenea otra butaca. Entre la puerta y la ventana, un tocador, en el que habrá los objetos propios del mueble y un espejo de mano. A la derecha, primer término, velador con recado de escribir, y junto á él, una silla. Otra puerta en segundo término izquierda. Decoración lo más reducida posible.

ESCENA PRIMERA

BELTRÁN, luego FRANCISCO

BELTR. (*Con la cabeza entre las manos y llorando, sentado en la butaca que está junto al pié de la cama*).

Pobre criatura! sabía que te amaba; pero nunca pensé que esa afección fuera tan grande! Ah! y es que tampoco pude imaginar que serías tú la primera en abandonarnos! Tú eras el único lazo que me sujetaba á esta vida miserable, que voy á perder en tí! Dios te ha llamado á su seno!... Mi misión sobre la tierra está cumplida. La pobre habrá creído, sin duda, que su padre había muerto... y no ha podido resistir tan inmenso dolor! Su padre! Ella ignoraba ese secreto! ¿Por qué su corazón, que lo había adivinado, no presintió también que Luciano sólo estaba herido? Después del lance, fué trasladado á la hostería de enfrente, donde sigue mejorando. El señor Delormel está loco de desesperación y el señor Desparville se lo ha llevado á su hotel!... de suerte que he quedado completamente solo para velar el cadáver de la desventurada criatura! (*Llaman con misterio á la puerta derecha*) Llaman! ¿Quién será?

FRANC. Soy yo, señor Beltrán.

BELTR. (*Este va á abrir*). ¿Qué quieres?

- FRANC. Venía á preguntaros si queréis que mi mujer ó mi hija os releven, para que podáis descansar, aun que no sea más que un par de horas.
- BELTR. No: gracias, amigo mío. Velaré la hija como he velado la madre.
- FRANC. En ese caso, señor Beltrán, sólo me resta entregaros esta carta, cuyo sobrescrito viene á vuestro nombre.
- BELTR. ¿Una carta? Es extraño! no tengo asuntos con nadie!... Si casi puede decirse que ya no conozco á nadie! (*Sin tomarla*)
- FRANC. Se me figura que es del médico.
- BELTR. ¿Del señor Landry? precisamente le esperamos para que la vea por última vez y extienda el documento de defunción.
- FRANC. Me refiero al doctor Luciano.
- BELTR. Ah! es de Luciano!... Dámela y retírate. (*Vase Francisco por la derecha*)

ESCENA SEGUNDA

BELTRÁN solo

- BELTR. Pobre padre! debe estar desesperado. (*Va á sentarse en la silla que está junto al velador del primer término para leer*) «Mi buen Beltrán: mi herida no es peligrosa; tranquiliza á nuestro ángel adorado!»—Entónces no sabe nada!... Dios mío! ignora esta terrible desgracia!—«Dí á mi Elena que quiero verla antes de alejarme para siempre de su lado. Quiero darle el último adiós.»—Su último adiós! desventurado!—«Haz que brille una luz en su ventana: esa señal me indicará que me espera y que puedo entrar sin obstáculo.»—(*Beltrán coge una luz y la sostiene un momento frente los cristales de la ventana*). Oh! sí, pobre Luciano! Impedirte que la veas, fuera un crimen que no me perdonaría jamás! (*Después de esas palabras, ha salido Delormel por la puerta izquierda y se ha arrodillado al pié del lecho. Beltrán repara en él*)

ESCENA TERCERA

BELTRÁN, DELORMEL, luego un CRIADO

- BELTR. (Él!... él aquí!...) (*Dejando la luz sobre el tocador*)
- DELOR. Perdóname, Elena! Perdóname! (*Se levanta y se deja caer sobre la butaca*)
- BELTR. ¿Por qué habéis venido, señor?

DELOR. Por qué!... ¿Acaso debí alejarme de ella un sólo instante? déjame, Beltrán! Déjame con ella! Yo la velaré!

BELTR. Ah! ¿Queréis quedaros, señor? (*Turbado*)

DELOR. Sí, Beltrán!

BELTR. Pero... si es imposible!

DELOR. ¿Quién puede arrancarme de aquí?

BELTR. ¿Y él?...

(*Delormel levanta la cabeza y fija los ojos en Beltrán*)

(Dentro de un instante estará aquí... y si se encuentran frente á frente...)

DELOR. ¿Él?... ¿Qué ibas á decirme... de él?

BELTR. Yo... señor...

DELOR. Va á venir, ¿no es cierto?

BELTR. Oh, no! Ahora no es posible. No sería prudente que...

DELOR. Va á venir! (*Toca un timbre que habrá sobre la chimenea*)

BELTR. (Qué irá á hacer, Dios de bondad! Ordenar tal vez que lo arrojen de aquí!...) Oh, no! señor Delormel! no cometáis esa iniquidad! eso fuera indigno de un cristiano!

CRiado (*Saliendo por la izquierda*) Qué mandáis, señor?

DELOR. Cuidad de que nadie permanezca en el salón ni en el corredor que conduce hasta aquí. Abrid de par en par la puerta que comunica con el jardín. Retiráos y cumplid en el acto lo que os ordeno.
(*Vase el criado*)

BELTR. Mandáis abrir esa puerta..! Luego consentís que llegue hasta aquí! (*Estupefacto*)

DELOR. Beltrán... es su padre! (*Con profundo sentimiento*). Si pude arrebatarle sus derechos ante los hombres, no debo quitárselos ante Dios!

(*Va creciendo lentamente la luz del día*)

BELTR. Pero... volver á encontraros frente á frente... aquí! ante su cadáver!

DELOR. Antes, amigo mío, el ódio y los celos se desbordaban en mi corazón sólo á la vista de ese hombre! Hoy la fría losa de una tumba guarda el cadáver de la mujer que él me robó... y mis celos se han extinguido! La tierra cubrirá pronto el cuerpo de la desdichada criatura que me disputaba... y mi ódio implacable no debe sobrevivir! Sobre cada tumba que se cierra, Dios escribe con mano invisible la palabra: perdón! Luciano puede entrar aquí sin recelo ni temor; no debo disputarle ya el derecho de llorar sobre ese cadáver!

BELTR. Ah, señor! sois el más generoso de los hombres! Aquí está Luciano.

ESCENA CUARTA

DICHOS, LUCIANO *por la derecha*

- LUC. Beltrán...! Ah! el señor Delormel aquí!
- DELOR. No os extrañe mi presencia. La vuestra de hoy más ni me irrita... ni siquiera me ofende.
- LUC. Semejante cambio...! Yo venía, señor, para dar á Elena mi último adiós. Parto hoy mismo y abandono esta casa para no volverla á ver jamás. Señor Delormel: si vos, justamente ofendido, lo confieso, no habéis tenido piedad de mí, tenedla al menos de esa desdichada criatura cuya vida podéis salvar, os lo aseguro, dando su mano á quien ella ha dado ya su corazón.
- DELOR. (Qué significa!)
- LUC. Hacedla dichosa, señor!
- DELOR. Dichosa! (Luego... todo lo ignora?) (*A Beltrán*)
- BELTR. (Nada sabe!)
- DELOR. (Oh! desgraciado!)
- LUC. No me respondéis, señor? Queréis darme al menos licencia para verla? Me permitís que la bese por última vez..!
- DELOR. Verla...! besarla...! pero...
- LUC. Y bien?
- DELOR. (Oh! ayer el ódio que me inspiraba ese hombre era inmenso! y hoy... no tengo entrañas para anunciarle esa terrible desgracia!)
(*Se sienta junto á la chimenea y llora ocultando el rostro entre sus manos*)
- LUC. Cómo! lloráis, señor? Vos lloráis!! (*Con terror*) Dios eterno! Qué horrible catástrofe se cierne sobre nosotros? Beltrán! en nombre del cielo, qué pasa aquí...? Lloras también...! Oh! quiero verla, lo entendéis? quiero ver á mi hija!
(*Corre á la puerta izquierda que está cerrada y vuelve al centro de la escena*)
- BELTR. (Dios mío! tenedle compasión!)
(*Cayendo sobre la silla que está junto al velador del primer término*)
- LUC. Dónde está, señor? dónde está?
- DELOR. Allí!
- LUC. Ah! (*Llegando hasta las cortinas y volviéndose*) Enferma? (*Descorriendo rápidamente las cortinas*) Elena! hija mía! (*Se abalanza hacia la cabecera, se inclina sobre Elena y dice con voz desgarradora*) Muerta!! muerta!! (*Luego con voz sombría y entera, dice, después de una pausa*) Luego es cierto

que Dios castiga en los hijos, las faltas y extravíos de los padres !! (*Inclinándose otra vez sobre Elena y cogiéndole una mano*) Hija de mi corazón ! Angel adorado ! Y yo que quería condenarme á un eterno destierro por tí ! yo que venía á ofrecerte mi felicidad á cambio de la tuya ! mi vida entera á cambio... de... (*Se detiene bruscamente, mira fijamente á Elena con profunda atención, le coloca la mano sobre el corazón y luego baja al proscenio agitadísimo*) Beltrán..! Señor..!

DELOR. Qué tenéis?

LUC. No sé! no sé..! (*Luciano corre hacia Elena otra vez y observa con más atención*) Señor... señor Delormel ! Qué médico... qué médico ha hecho constar su muerte?

DELOR. Qué médico?

BELTR. Ninguno. El doctor Landry no ha llegado aún.

LUC. Ninguno! No ha venido... entónces... Dios mío! Dios mío! (*Mirando á todos lados con vista extrañada*) Ah ! (*Coge el espejo de mano y lo coloca frente la boca de Elena*)

DELOR. (Qué intenta..!)

LUC. (*Después de una pausa, baja y les muestra el espejo*) Ah!! Aquí! mirad! mirad..!

DELOR. Un resto de aliento ha empañado ese cristal!

LUC. Luego vive, señor! Elena vive!!

DELOR. Vive! Elena! hija mía! (*Corre hacia el lecho*)

LUC. (*Arrojando el espejo y deteniendo á Delormel, dice con arranque*) Ah! para quitármela de nuevo, esperad al menos que Dios nos la devuelva!

(*Todos rodean el lecho*)

DELOR. Pero ¿estáis seguro?.....

LUC. Oh, sí! vive, vive!... pero hay aquí un peso que la ahoga! que la mata! Cada suspiro suyo puede ser el postrero! Antes de un minuto... puede dejar de existir!

DELOR. ¡Ah! si yo pudiera... hasta con la sangre de mis venas!... Vos, al menos, sois médico!

LUC. (*Fuera de sí y saliendo de la alcoba*) Médico!... sí, lo soy! es preciso que... veamos: ¡iluminádme, Dios mío! mi ciencia... mis largos y penosos estudios... todo desierta de mi memoria! Es mi hija, Dios piadoso! es mi hija, y no sé nada!

DELOR. En nombre del cielo, serenáos! Un instante de calma y todos los recursos de vuestra ciencia volverán á vuestra imaginación.

BELTR. Pensad que vos solo podéis salvarla!

LUC. Oh, sí...! sí!! esperad! (*Cogiéndose la cabeza entre las manos, como reuniendo sus ideas*) Seré fuerte!

quiero ser dueño de mí!! (*Buscando en un estuchito que trae una lanceta y un vendaje*) Ya no es mi hija! es una criatura que se muere...! Ya no soy padre! soy médico...! soy médico...! (*Mientras dice lo anterior, ha vuelto á la alcoba: practica una sangría. Momento de ansiedad en Delormel y Beltrán. Pausa larga*)

FEDE. (*Dentro*) Elena! Elena! (*Aparece en la puerta derecha*)

BELTR. No entréis, por Dios! no entréis! (*Deteniéndole*)

FEDE. Viva ó muerta quiero verla! (*Rechazando á Beltrán*)

DELOR. Esperad, jóvenes! esperad! (*Yendo hacia Federico y deteniéndole*)

LUC. (Ah!!) (*Grito ahogado de júbilo, después de un momento de silencio*)

DELOR. (Qué sucede?)

LUC. (Chist!) (*Mostrando á Elena que respira lentamente, mirando en derredor*)

DELOR. Elena...! hija mía...! (*Colocándose junto á la cacerera*)

ELENA Padre!! padre de mi corazón! (*Fijando la vista en Luciano que está al otro lado del lecho, dice lo anterior con voz débil*)

DELOR. (Ah! El primer grito de su alma ha sido para él.)

LUC. Oh! no nos separéis aún! (*Abrazándola*)

ELENA Separarnos! No!! (*A Delormel con voz suplicante*)

DELOR. (*Alejándose del lecho*) Luciano Lemonier! La señorita Delormel ha muerto! Sed vos, desde hoy y para siempre el amparo de vuestra hija!

BERTR. } Ah!

FEDE. }

LUC. Pues bien, señor Delormel! corazón noble y generoso! ni vos! ni yo!! su esposo la amparará! (*Ha hecho pasar á Federico en la alcoba. Este cae de rodillas junto á Elena. Luciano estrecha la mano y abraza á Beltrán. Delormel contempla el cuadro*)

(Telón)

FIN DEL ACTO QUINTO

————— NOTA —————

Si el Director juzga que la alcoba (por condiciones de decorado) no produce el efecto conveniente, puede colocarse el lecho arrimado al foro con la cabecera frente al público.

————— OTRA —————

Al entrar Federico en la alcoba, puede simular que abre una ventana situada en la derecha, dejando que penetre por allí un rayo de luz Drumont, que animará el grupo de Elena y Federico.





*Una obra imprescindible
a todo artista teatral*

TRATADO DE TRATADOS DE DECLAMACIÓN

— P O R —

LUIS MILLÁ GACIO

DECLARADA DE TEXTO EN EL CONSERVATORIO DEL GRAN TEATRO DEL LICEO DE BARCELONA, Y EN LA ACADEMIA DE DECLAMACIÓN, DE MÁLAGA

Contenido de la obra

Prólogo entre prólogos; Capítulo H; I. Condiciones para ser actor; II. Las actrices; III. Del estudio del papel y la memoria; IV. Ensayando; V. Continuando el ensayo. Arte del silencio. Atención. Importancia. Respeto; VI. El gesto. Actitud y locomoción; VII. La caracterización; VIII. Consejos y prácticas de la caracterización; IX. El caracterizado en las actrices; X. La voz; XI. El vestido; XII. El director de escena; XIII. Lo que debe saber el director y lo que no debe ignorar el actor; DICCIONARIO TEATRAL; Bibliografía teatral; Índice.

**300 páginas de texto con unas
100 figuras y grabados**

Precios: En rústica, 5 ptas. Encuadernada en tela, 7 ptas.

*Los que deseen recibir la obra por correo deberán
añadir 0'50 pesetas para el envío certificado*

Pedidos a LIBRERÍA MILLÁ: Calle San Pablo, 21-Barcelona